



DIA DE LLUVIA



M O D A S



«TURBAT ROULEAU», EN «TAFFETA BLUE CHANGEANT», VELADO DE TUL ILUSIÓN NEGRO, BORDADO DE «JAIS», CREACIÓN DE LA MAISON SUZANNE TALBOT.



TAPADO DE PIEL DE TOPO, FORRADO DE SEDA «BROCHÉ», CREACIÓN ORIGINAL DE «REVILLON FRÈRES», ADORNADO CON CUELLO Y PUÑOS DE «RENARD» GRIS.

Muebles antiguos
J. Gréciet & Cia.
Suipacha 245.

Pidan presupuesto

Cooperativa, 31, Central.
 Unión Telefónica, 2366, Libertad.

Vaccaro

distinguese en:

Cambio de moneda
 títulos y acciones
 Lotería Nacional
 Alta Publicidad
 Av. de Mayo 638
 B.Aires



TAPADO Y MANCHÓN DE PIEL DE NUTRIA DEL CANADÁ, TODO FORRADO DE SEDA «BROCHÉ», MODELO DE «REVILLON FRÈRES».



TOCA DE «SATIN WINDSOR», COPA DE TUL COMPLETAMENTE CUBIERTA DE «AIGRETTES», DE LA MAISON LEWIS.



PARA HERMOSEAR Y HACER CRECER EL CABELLO

LOS jabones y los shampoo artificiales causan la ruina de muchas cabezas de preciosa cabellera. Pocas personas saben que una cucharadita de las de café llena de buen stallax disuelto en una taza de agua caliente ejerce una natural afinidad sobre el pelo y constituye el lavado de cabeza más delicioso que puede imaginarse. Deja el cabello brillante, suave y ondulado, limpia completamente la piel del cráneo y estimula en gran manera el crecimiento del pelo. Se vende en las boticas solamente en paquetes sellados, a un precio que no es elevado, porque cada lata contiene cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo, lo que, al fin y al cabo, resulta económico.

MANERA DE DESPRENDERSE DE UN CUTIS MALO

ES una tontería el intentar cubrir un color cetrino, cuando se puede hacer desaparecer el

ALGUNAS RECETAS DE ANTAÑO PARA LA CONSERVACION DE LA BELLEZA SENCILLAS Y EFICACES

POR CHARLOTTE ROUVIER

mismo, o cambiar el cutis. El «rouge» u otras sustancias similares aplicadas a una piel morena, sólo sirven para hacer más palpable el defecto. El mejor medio es aplicarse cera pura mercolizada — lo mismo que se pone el cold cream — poniéndosela por la noche, lavándose la cara por la mañana con agua caliente y jabón y después un poco de agua fría. El efecto de unas pocas aplicaciones es simplemente maravilloso. La cutícula mortecina la absorbe la cera, gradualmente y sin dolor, en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel blanca aterciopelada que había debajo.

Ninguna mujer debe tener un cutis pálido, con ronchas, con barrillos, o con pecas, si compra en una botica un poco de cera buena mercolizada y la usa como dejamos dicho. Tengo entendido que el producto genuino se vende solamente con un envoltorio de cartón blanco, con las palabras «pure mercolized wax», impresas en azul.

EFICAZ REMEDIO CONTRA EL VELLO

MUCHAS damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento de vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y aplíquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que mata sus raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.

NO PONGA VD. CARA DE VIEJO

LAS canas añaden años a nuestra persona. Las desventajas de teñirse el pelo son tantas, que no es necesario mencionarlas. Pocas personas saben que una sencilla receta al estilo de nuestros abuelos, que puede hacerse en casa, devuelve prontamente el color primitivo a las canas sin producir ningún daño al cabello. No hay más que comprar en la botica dos onzas de tammalite concentrada y mezclarlas con tres onzas de ron o espíritu de laurel. Con una esponjita se aplica la loción al cabello durante algunas noches y se conseguirá perfectamente el objeto deseado. Esta fórmula tan sencilla ha dado el mejor resultado a cuantos la conocían y usaban en las pasadas generaciones.

DESAPARICIÓN INSTANTÁNEA DE LOS BARRILLOS

UN procedimiento muy sencillo, inofensivo y agradable está ahora en uso para limpiar el rostro de puntos negros, librarlo de grasas y hacer que desaparezcan los anchos poros que lo afean. Basta con que eche usted una tableta de stymol (de venta en todas las boticas) en un vaso de agua caliente y que se lave la cara con el líquido después que haya desaparecido la efervescencia que produce. Los puntos negros pigmentosos salen como por encanto de su nido y se confunden en la toalla; los poros se contraen y la grasa desaparece, dejando un cutis liso, suave y fresco, libre de toda mancha. Pero a fin de que este rápido resultado se convierta en permanente, es preciso que repita usted el tratamiento varias veces, con intervalos de cuatro o cinco días.

-PLUS ULTRA-

THE SOUTH AMERICAN STORES.

Gath
&
Chaves
Ltd.

ANEXO: AVENIDA DE MAYO, PERÚ Y
RIVADAVIA.



\$ 38

SOMBRERO ELEGANTÍSIMO,
FORMA «NINICH», EN RICA
FAYA DE SEDA, BAJO DE
ALA DE «CREPE GEORGETTE»
ADORNADO DE PRECIOSA
GUÍA DE ESPIGAS Y FLORES,
MODELO DE ALTA NOVEDAD

\$ 38.—

«PETIT CHAPEAU» MUY
«CHIC» EN SATÍN NEGRO, BA-
JO DE ALA DE «CREPE BLUÉ»,
ADORNADO DE FLORES DE
SEDA EN EL MISMO TONO,
MODELO DE ÚLTIMA MODA

\$ 28.—



\$ 28

CEIBA, O ÁRBOL DE ALGODON



ESTE ÁRBOL SE HALLA AL LADO DE LA OFICINA DE CORREOS DE NASSAU, EN LAS ISLAS DE BAHAMA. SON CARACTERÍSTICOS DEL ÁRBOL LOS INMENOS CONTRAFUERTES DE LAS RAÍCES. DEBE SU NOMBRE A LAS SEMILLAS DE ALGODÓN SEDEÑO QUE PRODUCE.

MAPLE y CIA

MUEBLES
ALFOMBRAS
CORTINAS
ARTEFACTOS
DE LUZ
ELÉCTRICA



MOBLAJES Y
DECORACIONES
COMPLETAS
EJECUTADAS
EN TODOS
LOS ESTILOS
ANTIGUOS Y
MODERNOS

SALA DECORADA EN EL ESTILO «ADAMS»
UNO DE LOS SALONES AMUEBLADOS EN NUESTRAS GALERÍAS.

658, SUIPACHA, 658



La mujer de sociedad

generalmente exige de su organismo y especialmente de su sistema nervioso, un desgaste de energías muy superior a lo que debiera. Las atenciones sociales y la falta de descanso nocturno consumen, avejentan y adelgazan, y para reponer estas fuerzas consumidas, para hacer frente a ese desgaste constante, para que las mejillas adquieran de nuevo su tinte natural y el organismo su perfecto equilibrio, el remedio eficaz, consagrado por muchos años de éxito, es la

IPERBIOTINA MALESCI

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO

Unico Concesionario - Importador para
Sud y Centro América

VIAMONTE, 871. — Buenos Aires.

SALÓN DE COIFFURE
Y
ESTÉTICA FEMENINA
PEDICURO
Y MANICURA
2.º piso.

Últimas
Creaciones
Harrods



15

15 — TRAJE TAILLEUR, muy elegante, en tricotina de colores claros u oscuros, cuello y puños de piel Castor Americano y pespuntes de seda al tono, a \$ 140.—

SOMBRERO DE ÚLTIMA MODA, en terciopelo souple, adornado con cinta negra, azul o marrón, a.....\$ 35.—

16 — ELEGANTE TRAJE SASTRE, de gran moda, en gabardina de color, con adornos de piel de Loustre o Castor Americano, a.....\$ 150.—

LINDO SOMBRERITO drapeado en felpa, adornado con fantasía de gallo, en negro, \$ 30.—

17 — TRAJE DE ÚLTIMA CREACION, en tricotina de colores claros u oscuros, con adornos de piel Lapin rasé o Loustre electrique. Medio forro seda, a... \$ 160.—

SOMBRERO de felpa, adornado con cocarda de terciopelo, en negro, a.....\$ 38.—



17

18 — TRAJE TAILLEUR, en sarga azul marino, negra o gabardina de color, con cuello y puños de Skungs Americano o Castor, a \$ 180.—

SOMBRERO TERCIPELO, forma levantada adelante, adornado con fantasía de alas; negro, azul, marrón o topo, a pesos..... 35.—



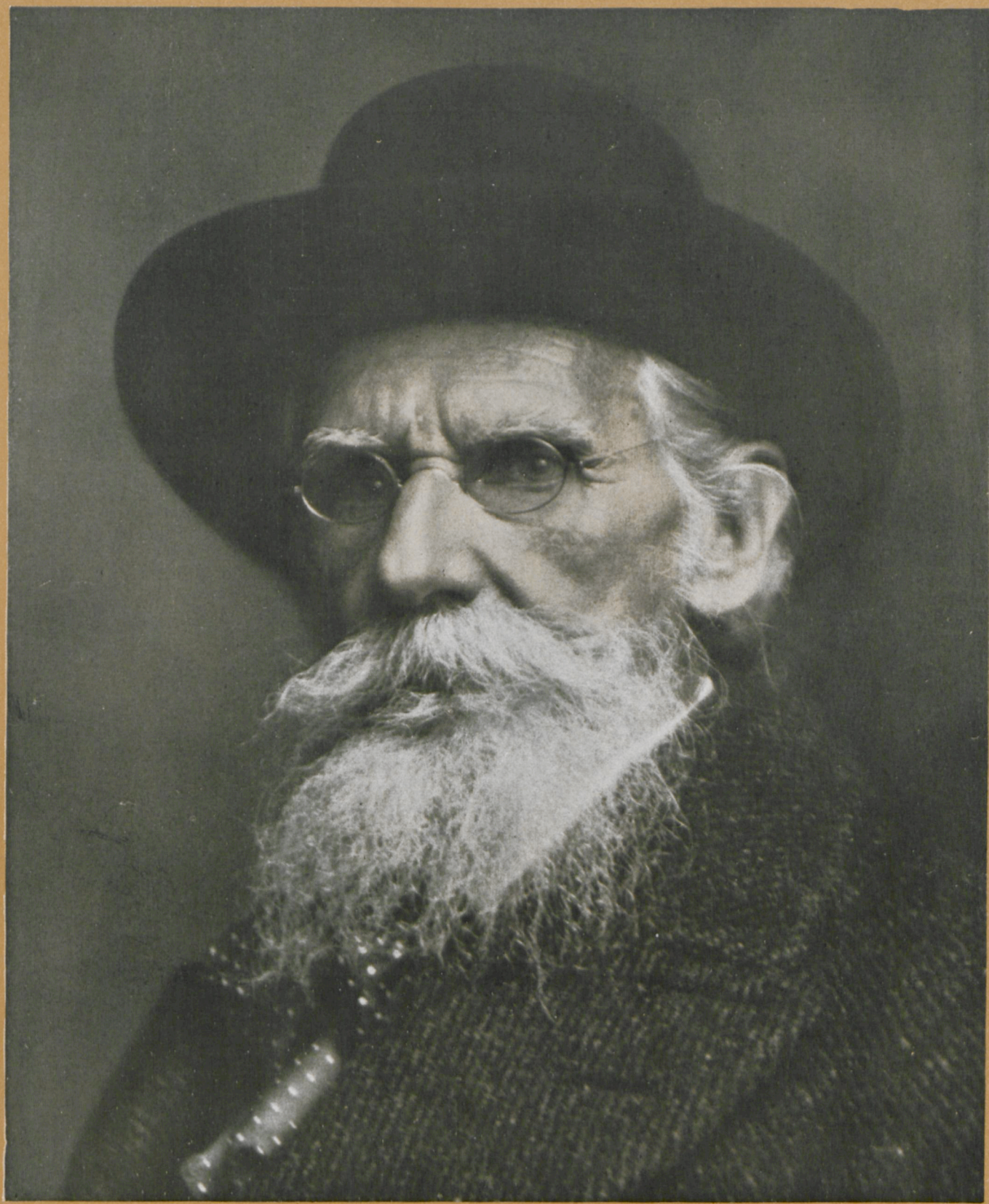
16



18

Harrods

FLORIDA 877
PARAGUAY 554



EDUARDO SÍVORI..

5 DE JV NIO 1918..

Con el reciente fallecimiento del anciano pintor Eduardo Sívori, el arte nacional pierde una de sus figuras más descolantes y representativas. Admirador entusiasta de la naturaleza, dotado de gran sensibilidad y poseedor de todas las cualidades necesarias para destacarse como artista de mérito, fué uno de los primeros que interpretaron la típica modalidad y belleza de nuestros paisajes y costumbres.

La personalidad inconfundible del maestro desaparecido, puede decirse que empezó a destacarse desde la fecha en que expuso por primera vez. Cuando llegó a la plenitud de la vida, había conseguido desempeñar en su profesión los puestos más sobresalientes, y había conquistado asimismo las más altas recompensas en exposiciones nacionales y extranjeras.

Sívori mereció siempre la consideración y el respeto de cuantos tuvieron oportunidad de tratarle; su noble ancianidad, glorificada ya por la muerte, ha quedado como un símbolo donde se plasma lo más esencialmente puro de nuestra tradición artística.

IV
SALON
DE LA
Sociedad de
Acuarelistas
Pastelistas
Aguafuertistas



EN la duda de que quiera dársele a estos apuntes un valor que no pretenden tener, bueno es empezar con esta sencilla declaración: el juicio que aquí se expresa, sobre las obras que este año se exponen, no tiene otro valor que la opinión personal y sincera del que esto escribe; una unidad que puede sumarse a las opiniones ya publicadas, y que, con las otras que no han corrido la misma suerte, bien puede formarse un total de apreciaciones que se aproxime al valor efectivo de las obras expuestas.

Vuelvo a insistir sobre este punto, porque a la letra de molde suele dársele mayor importancia de la que en realidad tiene; y las opiniones que en tal forma llegan a conocimiento de los artistas, pueden influir en éstos mucho más de lo que merecen. ¿Quieren un ejemplo? Un cuadro parece quedar definitivamente juzgado si los cuatro o cinco críticos que se ocupan de estas cosas coinciden en sus apreciaciones. Yo por mi parte—ya lo he dicho otra vez—no sigo viendo, en aquel caso, más que la opinión de cuatro o cinco señores que ejercen un indiscutible derecho haciendo públicas sus opiniones por medio de la prensa. Ahora sí, que de eso a que sea la expresión definitiva, hay bastante distancia.

En esto de determinar—subjetivamente, se entiende—el valor artístico de una obra, me ocurre algo que me sería difícil explicar: cuanto más procuro saber, más ignoro. Tal inseguridad tengo de mis opiniones, que siento deseos de preguntar al primer niño que encuen-



«LA PRIMERA ESTRELLA» (ACUARELA).
JORGE SOTO ACEBAL.



«RETRATO» (ACUARELA).
JORGE SOTO ACEBAL.

tre al paso para acogerme a su juicio y salir de dudas. Y a esta desorientación, que abarca todos los órdenes de la vida, no pueden sustraerse las manifestaciones de arte, mucho más, cuando se realizan en la forma colectiva que tanto contribuye a la confusión y el desacierto, imposibilitando de esta suerte la serena apreciación del valor que toda obra de arte lleva en sí misma.

La primera pregunta que se formula al visitar el Salón, es ésta: ¿Es mejor la exposición de este año que la del pasado? Y, precisamente, en la dudosa respuesta está la contestación. El hecho de no resaltar de una manera clara y categórica indica que la diferencia, si existe, no puede ser muy apreciable.

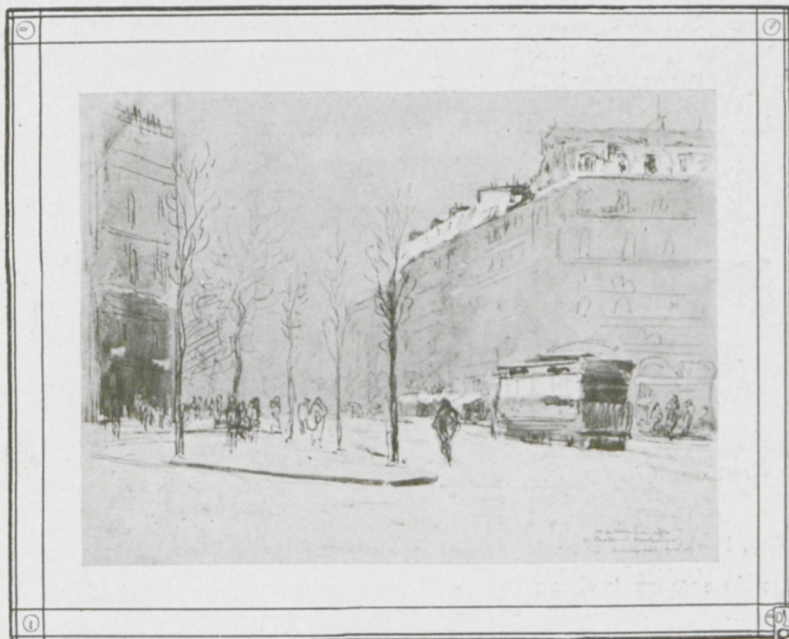
Jorge Soto Acebal. En la copiosa producción de este artista puede notarse un positivo progreso que le coloca a la cabeza de los expositores. Hay en todas sus acuarelas fuerza, relieve, amplia técnica; los verdes de sus paisajes jugosos, simpáticos; los contrastes de luz bien encontrados, observándose con placer que va desprendiéndose de ciertas durezas con las que todavía lucha.

Yo me permito emplazar a este noble artista para fecha no muy lejana; que el tiempo, juez infalible y único de estas cosas del espíritu, le hará ver con perfecta serenidad esas pequeñas deficiencias, que modificando un tanto su técnica, darán a su obra una perfección envidiable.

Lleno de promesas se presenta un nuevo artista, hasta hoy poco o nada conocido. Alfredo Gramajo Gutiérrez, se nos revela con sus gouaches que se destacan fuertemente por su originalidad. Con agrado reconocemos que las pinturas de este novel autor han despertado gran interés por el feliz acierto en la elección de motivos y el modo de desarrollarlos. Por nuestra parte, nos permitimos recomendarle no se impaciente; afirme su técnica y prosiga sin rebuscamientos el género tan eficazmente emprendido; que yo, a mi vez, también me acojo a la misma recomendación: sin impaciencia, espero.

Rodolfo Franco, que por complacencia concurre a este certamen, se ha reservado su amplia producción para mostrarla en la exposición personal que viene preparando. En ella podremos apreciar cumplidamente sus progresos.

Ferruccio Corbellani, que tanto prometía en la exposición anterior, ha defraudado las esperanzas puestas en él. Ignoro las causas, pero se nota en el conjunto de sus obras cierto desgano, falta de calor, de aquel entusias-



«BOUL-MONTPARNASSE» (ACUARELA).
DOMINGO VIAU.



«EN LA FUENTE» (CARBÓN).
CEPERINO CARNACINI.



Voy — cazador de emociones — a través de la Isla Dorada. La naturaleza acaba de hacerme su más portentosa revelación, desde Soler a Miramar; como si el Escenógrafo Celeste hubiese querido pagar a la humanidad este espectáculo, pintando la más fantástica decoración.

Cruzo las posesiones del Archiduque de Austria, que hizo en su vida, de este privilegiado trozo del planeta, su paraíso terrenal. ¡Buen paraíso para un sátiro! El mar se ha escondido tras de los olivos; la carretera se interna en la montaña.

Ahora la emoción del paisaje queda superada a la emoción literaria; a lo lejos, en un valle, acabo de divisar un pueblecillo de casas enrojecidas por el tiempo: Valldemosa.

Inconscientemente, apresuro el paso, con prisa por gozar un instante de emoción mucho tiempo esperado. Ya en el hotel del pueblo de Santa Catarina, una idea sola me preocupa, como una obsesión:

— ¿Y la Cartuja? ¡La Cartuja!

Está allí, a unos pasos; el sacristán nos guía: un viejecito reumático, que apoyado en su bastón nos habla de la decadencia del turismo desde que empezó la guerra, de las bellezas de la región, de la bondad de aquellos aires para los pulmones destrozados, — de cosas que en estos momentos no nos interesan en lo más mínimo.

Abre la puerta de la capilla — este gran edificio cuadrangular que domina a los demás del pueblo — y me enseña el altar mayor, otro de mayólica, las sillerías del coro, reliquias, ofrendas... Todo, como quien repite una lección aprendida de memoria, para los profesionales del turismo, que seguramente lo escuchan con la misma inconsciencia que él habla.

Yo, ya con impaciencia, le ruego que me enseñe el hogar de los cartujos, las celdas.

— Ahora... — Y abre una vieja puerta que da acceso a los claustros.

Jamás la emoción religiosa había llenado mi alma como en este instante. Y luego, un temor, una alegría... Chopin, Jorge Sand, Rubén Darío... ¿Será acaso la ilusión de encontrarlos? ¿La presencia de Dios? Si; no hay nadie que esté tan cerca de Dios como el genio y este lugar ha sido habitado por el genio...

¡Qué impresión de paz y de calma me llega de estos blancos corredores! Y del patio, un patio cuadrado, con un pozo en el centro, — verde y oloroso.

Uno de los corredores, el último, se prolonga como un enorme nicho, recién blanqueado, donde las puertas, pequeñas, ponen una sucesión de manchas verde-oscuros.

Estas puertas están numeradas; y frente a los números 2 y 3, el sacristán se detiene para decirme que se supone que aquellas celdas fueron ocupadas por Chopin y Jorge Sand.

— No se sabe de cierto...

— En una celda o en otra, ¿qué importa?

— Pienso yo. Lo cierto es que este recinto albergó a aquel gran espíritu que aquí logró prolongar los días de su inspirada vida; y que su música, en este rincón de serenidad, debió parecer a las gentes humildes y montaraces, una música divina tocada por un ángel.

De Jorge Sand, que escribió aquí su *Sperridion*, hay una leyenda... Se asustaron estas gentes al verla alguna noche vestida de hombre recorrer el pueblo, visitar el cementerio... Llamábanla bruja.

— ¿Podemos ver las celdas?

— No; están cerradas. Sus dueños vienen a pasar aquí el verano...

— ¿Y Rubén Darío? ¿Conoció usted a Rubén Darío?

— Sí, recuerdo... Estuvo en la 1.ª celda, en la otra parte. Esa sí la podrá usted ver. Buscaré a la mujer que cuida de la casa para que se la enseñe.

Salimos a la calle y el guía me deja solo por un instante. Estoy frente al castillo que construyó el Rey Martín — uno de los reyes de Mallorca — para descanso y para venir aquí a curarse de no sé qué dolencia. Cuando éste lo abandonó, acordaron a pasar los frailes cartujos y pensando que este sería un lugar excelente para sus penitencias, se lo solicitaron al rey y les fue concedido; entonces ellos unieron el castillo con la capilla por medio del cuerpo de edificio que acabamos de visitar.

Pertenece ahora este viejo castillo a los señores Sureda, una familia de espíritus de gran sensibilidad, en cuya posesión encuentran un hogar todos los artistas que pasan por Valldemosa, desde Vanda Landowika a Miguel de Unamuno.

Una mujer nos guía a través del edificio, lleno de curiosidades artísticas, hasta detenerse frente a una puerta:

— Estas son las habitaciones que ocupaba el señor Darío.

RUBÉN DARÍO en VALDEMOSA

Desde que él se marchó no han sido tocadas...

— Aquí pasó uno de sus últimos inviernos; — pienso yo en voz alta, con emoción acendrada y pura.

— Sí, señor; estuvo aquí algunos meses. Se marchó para Navidad. En esta habitación escribía...

Luego hemos sabido una anécdota curiosa de esta habitación: Hay aquí, junto a la mesa escritorio, una baldosa que tiene la marca de una pata de chivo; Darío se fijó en ella en seguida y se quedó pensativo, mirando la huella que quién sabe por qué casualidad imprimió allí el lujurioso animal. Ante la interrogación de los que presenciaban la escena, dijo él entre inquieto e irónico:

— No han hecho ustedes más que designar este sitio para mí y ya ha pasado el Diablo...

Es necesario haber conocido el terrible estado nervioso del poeta en sus últimos años, con sus extrañas preocupaciones, sus luchas íntimas, sus dudas, para apreciar el valor de esta frase en momentos en que iba a

buscar paz interior, con la voluntad de un ermitaño.

Pasamos a la habitación siguiente: una especie de despacho, con una gran estufa.

— Este era su lugar preferido; aquí, bien abrigado, solía pasar muchas horas. — La mujer que nos dice esto, abre la ventana de la habitación, que descubre un paisaje espléndido: montañas, altas montañas a los dos lados, abiertas allá en el fondo, en un precioso valle; y más lejos, apenas perceptible, el mar.

— Si; — pienso yo — debió ser grato para el maestro pasar aquí las horas, en serena meditación, con este bello panorama en la retina...

— Este era su dormitorio.

Y nos enseña una habitación con una cama enorme, imperio, con dosel de púrpura.

Esta vez la imagen del poeta tiene presencia ante nosotros: Fué aquí mismo, donde — después de una noche de insomnios y fiebre creadora — en un blanco amanecer de invierno, llamó a doña Pilar, su gran amiga, para decirle: — Ahora va a conocer usted, la primera, lo mejor que he escrito en mi vida.



Y lo vemos incorporado en su lecho, con el rostro inefable, recitando de aquella manera tan particular suya, recalando las sílabas con voluptuosidad.

« Este vetusto monasterio ha visto, secos de orar y pálidos de ayuno, con el breviario y con el santo-cristo, a los callados hijos de San Bruno. »

Al ver que tan gran atención y tanto detenimiento pongo en las cosas del poeta, la mujer que me acompaña manifiesta su cariño hacia aquel hombre extraordinario:

— El señor Darío era muy bueno... Dicen que era un gran poeta... Servidora no sabe; dice lo que oye... Lo que sí sé es que era muy bueno... Lo servíamos yo y otra mujer que se llama Francina...

— ¡Francina! ¡Francina! — Me repito yo, en pleno vuelo de la fantasía. ¡Qué nombre de hada! ¿No son los poetas grandes cazadores de hadas? Si; Rubén Darío en su invierno de la Cartuja de Valldemosa, junto a las sombras de Chopin y Jorge Sand, fué cuidado por un hada que se llamaba Francina...

Luego hemos sabido que ésta es un hada viejecita y buena, que contaba al poeta rancias historias de embrujamientos y le hacía platos exquisitos, que él sabía agradecerse los, porque el poeta era glotón.

Busco, en vano, un recuerdo de su paso por estas habitaciones: un retrato, un libro, una cuartilla...

— Todo se lo llevó, — me dicen.

Rubén Darío vino por primera vez a Mallorca hacia 1906; en Palma vivió con Francisca Sánchez y su hijo. Aquí debió vivir entonces como dentro una torre de marfil, como dentro un diamante, — que esta es la impresión que nos da la isla maravillosa en los días claros. Entonces, escribió muchos de los versos de *El Canto Errante*. Después, vinieron los días de placer y de gloria...

Unos años más tarde, al regreso de su marcha triunfal por las naciones de habla castellana, entraba su espíritu atormentado en una terrible crisis, precursora de la noche. Y entonces debió acordarse del bienestar inefable que aquietaba el espíritu en la isla de la calma y soñó en un refugio donde domar a la vida como domaba a la palabra rebelde.

La cartuja de Valldemosa. Desde allí, tendían sus brazos hacia él, ofreciéndole el calor de su amistad, dos grandes espíritus: don Juan Sureda y su esposa doña Pilar, la notable pintora, cuyos cuadros de olivos loara más tarde el poeta en sus versos.

Y allí fué, en busca de paz para aquella guerra que se libraba en su cerebro. Como a todos los hombres superiores, con toda la fuerza de su genio, le obsesionaba el más allá; acaso para él, que tenía tan poderosa luz en la inteligencia, eran más visibles las sombras que le rodeaban. Había derrochado su vida, había sido el filántropo de su propia existencia, gozó del vivir hecho con la mujer y el vino y — para él — con un Dios muy inmenso... Un día, el genio de lo sobrenatural le clavó su garra en el corazón y la inquietud mordió, como un cuervo implacable, en su cerebro.

Hay algo de trágico en este último capítulo de la vida de Rubén Darío; tragedia íntima, que toma en él proporciones enormes: El espíritu que ha vivido en el mundo como una partícula divina, al comprender que va a apagarse, no se conforma con la suerte de la carne mortal...

Allí, en la Cartuja, quiso reverdecer las hojas secas de su fe; se vistió con el hábito de los hijos de San Bruno, se aisló completamente en su soledad, pidió un confesor...

Nada consiguió quietarlo. Y una noche, desesperado del esfuerzo inútil, hizo sus maletas precipitadamente y en un automóvil partió hacia el mundo. En la hora de la despedida, cuando todos eran a retenerlo, cuando había lágrimas en todas las miradas que lo miraban por última vez, él también debió llorar en secreto y con un doloroso gesto debió contestarles:

« Dejad la tempestad mover mi corazón. »

Es como si en la playa, ya dispuesto para el último viaje, su alma de niño hubiese tenido miedo...

Hizo en su obra la más armoniosa mezcla de paganismo y cristianismo, confirmando una luminosa teoría de Juan Maragall, el más grande poeta peninsular del último siglo:

— « El genio es una flecha divina que atraviesa el espacio en busca de Dios. »

VALENTÍN DE PEDRO.

Mallorca, mayo de 1918.

DIBUJO DE ÁLVAREZ.



SEÑORITA ÁNGELES OTTEIN, SOPRANO LÍRICA DEL COLÓN.

En estos cielos de artificio, fingidos por telones y bambalinas, puede parecer estrella cualquier lucécita de fuego fatuo. Pero ahora los que avizoran con ojo experto estos firmamentos, anuncian la aparición de una estrella de primera magnitud, de fulgor deslumbrante y que ha de recorrer una inmensa órbita eclipsando el recuerdo de otros astros...

Del afortunadísimo debut que hizo la notable soprano española Angeles Ottein en el teatro Colón, se desprende una amplia consagración para la artista que triunfó y se impuso.

Visitamos a María de los Angeles Nieto (Angeles Ottein, en el teatro), en el hotel donde se aloja con su señora madre. Es aquella una muchacha que posee el tipo definido de la mujer española: morena, con grandes ojos negros, vivaz, sencilla, noble, de aristocráticos modales y modestia ejemplar. Nació hace muy pocos años en Santiago de Compostela, donde su padre ejercía la profesión de notario. Poquísimo tiempo lleva en el teatro y ya ha actuado en los principales de España, en Monte Carlo, en Lisboa y en el Costanzi de Roma. Aunque su carrera artística recién se inicia, consiguió ya sonados triunfos, pues ha sido aclamada en todas partes donde se presentó.

— ¿Qué impresión tiene de nuestro público?

— Buenísima; y no puede ser otra puesto que han sido tan benévolo conmigo.

Nos relata cuan mal la habían prevenido en contra nuestra, pintándonos como un público terco, intolerante, empecinado en no admitir otros artistas que los consagrados por él.

— Pero — agrega la gentil artista — yo rectifico gustosa las apreciaciones de vuestros detractores, quienes habían logrado ponerme en un estado tal de excitación como nunca lo estuve antes de ningún debut. Logré sobreponerme, saí, canté... y parece que he gustado.

— Puede usted estar segura de haber triunfado plenamente.

— Que me place — dice riendo, — y en el perline son de esa risa cascabelera y juvenil adivinamos el cantar de un lírico ruisenior aprisionado en su garganta de oro.

Artista notable

Para mayor elogio del célebre músico español, dícese comúnmente que la guitarra en aquellas manos suena a laúd, a clave, a címbalo...

No es justo enaltecer al Príncipe denigrando a la Cenicienta. Quizás la guitarra de once órdenes imite el retintín aristocrático de tales instrumentos, como las hermanastrillas de la humilde moza remedaron los ademanes palaciegos. La guitarra de séxtuple cordaje, la guitarra popular, la de los payadores y «tocaos», es princesa, es reina. Porque tiene una íntima señal: su voz, diminuta y preciosa, como aquellos piececitos elogiados por Perrault.

La guitarra, pobre y rica, orgullosamente modesta, no necesita ser comparada a instrumento alguno. Femenina por el nombre y por la calidad del sonido, la guitarra canta a media voz todas las penas, y el vibrar de su cordaje es como una corriente nerviosa que excita nuestros nervios.

Pocos son los hombres capaces de hacerla cantar. Entre los elegidos, Miguel Llobet ocupa el puesto de honor. Su antecesor y maestro, el inolvidable Tárrega supo encontrar en el joven aficionado a su digno discípulo.

Llobet nació en Barcelona en octubre de 1878. Dedicóse en sus mocedades al arte pictórico; mas bien pronto halló el camino verdadero.

La guitarra de Tárrega iba a quedar a la muerte del notable virtuoso «silenciosa y cubierta de polvo», semejante al arpa de que nos habló Bécquer. Llobet ha sido el nuevo maestro, el continuador de la rara y corta estirpe de los guitarristas, porque sabe despertar las notas dormidas en las seis cuerdas «como el pájaro duerme en la rama».

El público bonaerense, un público que por tradición es más amante de la guitarra que de otro cualquier instrumento, aplaude estos días al preclaro artista. En su segunda jira musical, Llobet entusiasmó a los maestros y aficionados argentinos, que le reconocen unánimemente como un prodigio.

La técnica del artista español es una técnica apasionada. A la habilidad de las manos se une el calor de un sentimiento exquisito. Gracias a ese arte, Llobet ennoblecó la guitarra, haciéndola digna compañera de los instrumentos de más brillante historia. Pasión intensa de enamorado millonario que lo arriesga todo por el cariño hacia una mujer humilde y hermosa, hay en el cariño que Llobet prodiga a la guitarra. Y ella responde sumisa «hablando» con una voz suave, penetrante, pura, que emociona hasta hacer llorar...

Don Miguel Llobet, accediendo a nuestra petición, ha suspendido su cotidiano estudio para someterse al tormento de la «pose» fotográfica. Mientras se preparaba la máquina, él sacó de un estuche un instrumento veterano: una guitarra de Tárrega construida en 1864 por el célebre Torres, Stradivarius de la guitarra que pertenece actualmente a la joven señorita Anido, notable artista.

Y maquiñalmente, el maestro hace arpeggios con la mano izquierda y afina las cuerdas. Conócese que en él es instintivo el hábito.

Llobet es un señor sencillo, sin pose. El timbre musical de su voz es grato al oído a través del acento catalán. No habla de sus triunfos y recibe los elogios con verdadera modestia.

En su historia artística hay rasgos de filantropía que el público ya conoce.

Es como música de guitarra, pleno de voluntad, inspiración y música; nadie habría presentado su triunfo...



SEÑOR MIGUEL LLOBET, CONCERTISTA DE GUITARRA.



LA CASA
ESPANOLA

DE

DON ENRIQUE
LARRETA



MCMXVIII





EL ZAGVAN

FUERA menester la pluma erudita de un Riaños, o de un Giner de los Ríos, para discurrir discretamente sobre las artísticas riquezas que atesora la noble casona de los blancos azores de la calle del Juramento. Depongo, pues, todo afán arqueológico, y tal hago con humildad, no sólo por ignorancia sino también porque he creído advertir que la actual morada del insigne artista don Enrique Larreta, a más de ser museo del hispano ingenio, es adoratorio del zumo de su esencia plástica.

Entré en ella por vez primera en una tarde del pasado invierno. Iba prevenido: membraba aquella estancia polvorienta donde sorbió Ramiro el místico sahumerio de la hidalga Castilla, así también como el atildado estrado donde conoció a la doncella avileña, y malgrado este sutil regalo de mi memoria, fué recia la emoción.

No reinaba aún el ritmo del acomodo; una parte del moblaje era tan sólo llegado; sin embargo, el amplio atrio evocóme dentro de su nueva hechura, antepasados venerables: Alcalá de Henares, Monterrey, Guadalupe, Salamanca; universidades, palacios, infantados, casas consistoriales, arzobispados que por el pregón de los

críticos modernos no tardarán en sumarse al léxico de los clásicos europeos. Sí, el atrio cercado de columnas rematadas por esbeltas zapatas; la hermosa estufa en piedra de cantería ornada de blasones, sustentando prodigioso retablo, obra presunta del Montañés; las puertas de acceso, pequeñas, comedidas, claustrales; cuadros de pátinas bituminosas, tapicerías; solera de orlambillas; rejas de voluptuosa forja, en fin la selección inteligente de los elementos más genuinos, congregados en una composición severa no exenta de matices imprevistos, digno todo ello de la prosapia espiritualista de su origen. Día a día acrecentóse el caos que la llegada de nuevas joyas de arte suntuario ponían en la casa; pero aconteció que, el amo, luego de haber soportado en silencio los consejos mudos de tanta reliquia suya, se echó a poner orden, y como por arte angélica todas las cosas hallaron cabida y merecimiento en uno y otro aposento.

Así, junto a un pórtico de líneas mudéjares, ábrese una sala que es, a mi juicio, la de más austero linaje. La techura un artesonado de carreras pardas y lacunares bermejos; corre luego un friso decorado por amañado almorabe que sirve de cenefa al rico brocado, el que en fajas alternadas baja hasta el zócalo; y es aquí donde se acomodan en derredor de un brasero, que convida a la tradicional tertulia, un escaño aforrado en terciopelo carmesí y cierto número de escogidos frailerros de nogal y castaño con tersos

guadameciles y telas bordadas a gran realce. Adosados a los muros: bargueños y bufetes y un relicario de tres cuerpos en el estilo del segundo renacimiento; en sus estantes vieja librería de pergamino, textos anticuados con estampas iluminadas.

Es el relicario una pieza barroca digna de Tomé o Churriguera; sus columnas carolíticas, así como los tallos serpenteantes que las ladean, son de virtuosa factura, y el todo de una policromía esplendente. Superpuesto a este mueble pende el escudo heráldico, por frente a él una panoplia flanqueada por dos querubines portadores de haces y sustentados por tenantes de efecto milagrero. Alternan en los entrepaños cornucopias y pinturas en ellos sabiamente ajustados, rematan las golas y cimacios de las cornisas cerámicas y tallas de cinceles no ajenos a las escuelas de los imagineros realistasimbólicos: Machuca, Becerra, Pedro de Mena, Roldán, sobredoradas las unas y las más estofadas al gusto de los siglos XVII y XVIII. Representan los cacharros, búcaros, ollas y patenas a las alfarerías levantinas de Murcia, Sevilla, Manises y Alcora de eugobes ferruginosos y blancos plomíferos exornados por grecas y lacecias en azul de cobalto o bien en oros metálicos. Las hay también castellanas de Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo con sus emblemas nobiliarios e imágenes de montería.

En la otra cabecera del salón ocupa



DETALLE DEL ZAGVAN.

preferente lugar una hermosa mesa, banquetas de taracea y enconchados, candiles, velones e infinidad de otros pormenores de gran valía venidos de las más famosas alcaycerías. Y es a esta altura de nuestras observaciones, ya amenguada la primera fiebre, cuando la hoja entreabierta de una puerta plateresca, nos señala la mística penumbra del oratorio. Entramos en él; un retablo gótico mudéjar absorbe nuestra atención, en tanto que el espíritu cae bajo la férula de esa caricia que es el don primogénito del bien cristiano, gracia beata de la sagrada forma cuyo símbolo es el acicate de esta estética, esencialmente piadosa, llena de sahumeros de algalia y de nardo; su poder intangible gana nuestros sentidos hasta anonadarlos en la contemplación absoluta.

Arte supremo de la mística castellana sintetizado por los Juan de Guas, Antón Egas, Gil de Hontañón, Siloe, Berruguete... nombres incrustados en piedras eternas que llevan otros nombres: catedrales de Toledo, Segovia, Sigüenza, Gerona, Salamanca, San Juan de los Reyes, Cartuja de Miraflores.

Aparejados de esta suerte escudriñamos la reliquia — la gótica tracearía sabia estructura de ajimeces y parteluces es el campo de espigadas nervosidades, gabletes, lacinas y de arcos agrelados; grumos floridos y cuadrifolios son el terminar de airoso chapiteles.



PORTON DE ENTRADA Y VERJA DEL RECIBIMIENTO.





RECIBIMIENTO.



ESTA arquitectura encuadra las tablas iconográficas de Santa Ana, bajo cuya invocación se erigió esta obra en la centuria décimoquinta, según reza en la leyenda anotada en la faja que la sirve de basa. Son escenas devotas y familiares a la Santa, de una manera propia a los primitivos castellano-flamencos, y tampoco extraña a los maestros de Siena. Representan un período bien elocuente de la pictografía española; los personajes, aunque agal- gados, hirsutos y descarnados por las asperezas ascéticas, muestran un natural exquisito en sus actitudes; los vemos cumpliendo sus menesteres al través del realismo romántico de los aceites y barnices de un glacis translúcido y ya libres de las jorobas, estucos, cabujones y orofrés traídos por los arcaístas flamencos, quedando de esta moda, que fué el triunfo de la época anterior, sólo el gusto por los sobredorados y por los tonos encendidos. De las prácticas trescentistas, por cierto no desprovistas de nervio realista e imaginación cristiana, de los Ferrer Bassá y del franco-flamenco Bonifacio Ferrer, nos allegamos, merced al giotismo traído por Dello de Nicola y Nicolás el Florentino, a las lucubraciones evangélicas robuste- cidas por la hierática reciedumbre de Fernando Gallego. Y atando la expre-

sión de los pintados paineles a la del recuadro, veremos que esta estética que apura los últimos vagidos del goticismo, cumple con las santas inten- ciones de todos los períodos históricos de las hispanas artes. Mística interpre- tación del romance dentro de su concepto arcaico exaltado de continuo por el contacto agareno, a cuyo servicio vienen a plegarse las importaciones extranjeras. Rito indígena que, por el abigarramiento de sus formas bizarras y por su macha enjundia, transformó todo galicismo en bien nacional.

Si echamos ahora la vista por lo demás de esta cámara ungida de divina excelstitud, hallaremos, entre los objetos que la aderezan: al pie del ara, un facistol zelando contrito el silencio; en su atril, un antifonario de ma- yúsculas sobrecargadas de viñetas y frondas iluminadas; a ambos lados, dos siales de tres plazas cada uno; en el ángulo, un ángel sosteniendo una lám- para votiva; bajo el alféizar de la ventana, cierta arca, bellísimo espécimen del género de las más remotas de palus y garlopa; a la media altura de la pa- red de enfrente, el retrato de la madre Santa Teresa, pintura de la época de un realismo desconcertante; cuelgan además otras telas de asuntos religiosos, relicarios y hacheros con los gualdos blandones de la cera simbólica; todo ello destacándose sobre el damasco azul, cuyo cálido añil va a empalmar con los blancos grisáceos y los cromos del alicato lambris.



SALA RENACIMIENTO.



LIBRERIA ESTILO SEGUNDO RENACIMIENTO.





VN ANGVLO D LA SALA RENACIMIENTO.



A estancia contigua, que con ser de carácter laico no desdice en nada de su vecina, es, asu manera, santuario de artísticas antigüallas. Entre ellas figura un cuadro coetáneo nuestro, ocupando el paramento de honor, es el retrato del dueño de casa, de manos del gran artista vasco don Ignacio Zuloaga; no ha menester de comentarios. Citaremos de entre los muebles: una hucha del siglo XVII, podio de un grupo orante de ampulosa talla; dos sillones florentinos de elevados respaldares y una mesa de estampa manchega, escenario de botes multi-formes y selecta vasijería. Los ziszás,

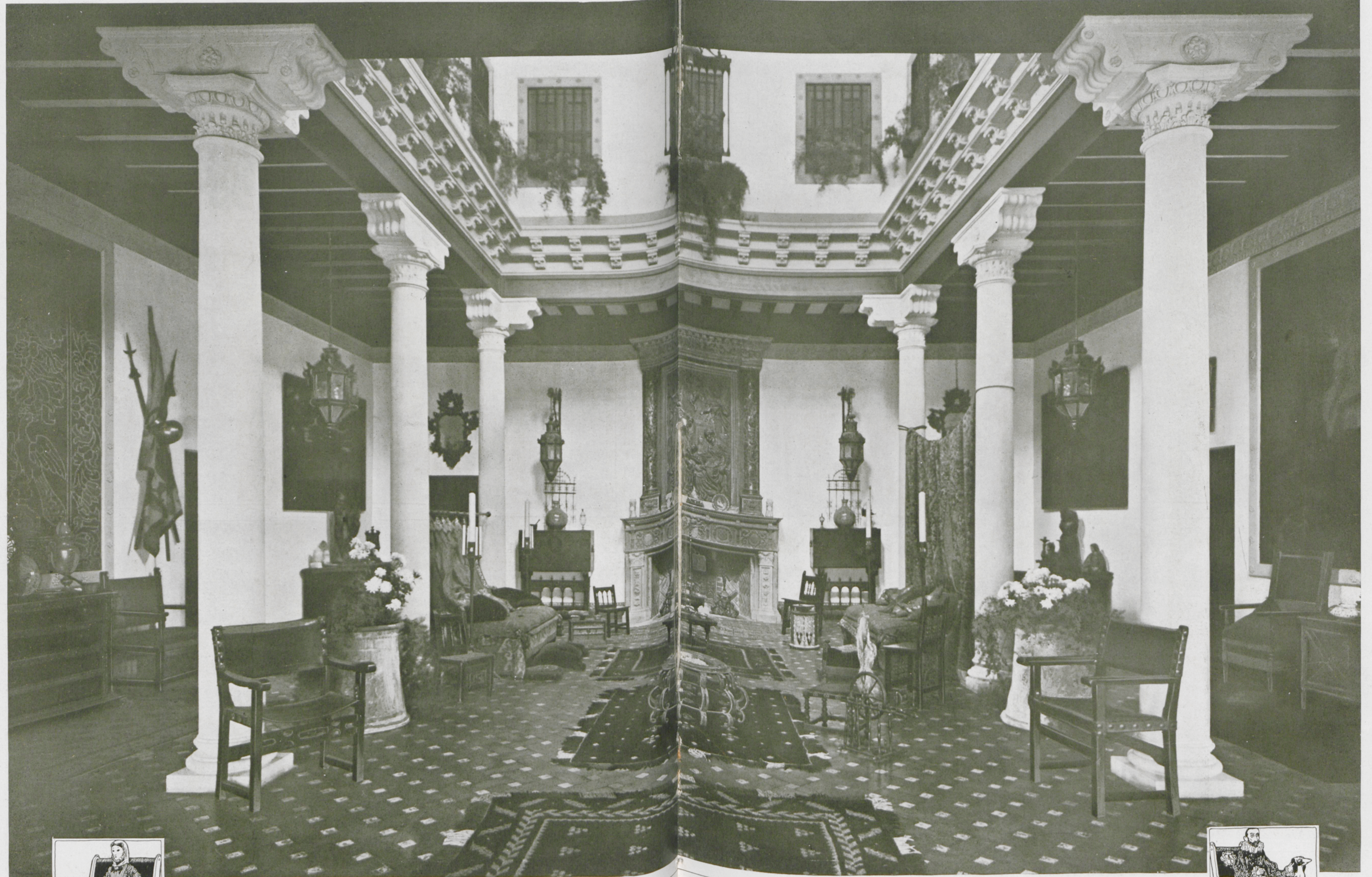


BARGVENO y PANO PLIA D LA SALA RENACIMIENTO.

los dientes de sierra, lotos y follajes estilizados marcan los contornos y dintornos de estas poterías de formas gráciles en cuya frita arenosa quedó marcado para siempre el trazo ingenuo, pero sí indeleble de los ceramistas talaveranos y andaluces. Añadiremos que el comedor y las demás habitaciones son tabernáculos de preciosos ejemplos que completan la colección; no los enumeraremos; sólo la prolija clasificación de pinturas, tallas, bargueños, vidrierías, faroles y palomillas formaría un hacinamiento de abultado número de páginas, digno de un catálogo, y como ya lo tenemos dicho, es trabajo que escapa al alcance del que redacta estas líneas; supongamos, pues, que este estudio analítico será la obra del futuro.



-PLUS ULTRA-



PATIO VBIERTO.





PORMENOR DEL PATIO CVBIERTO.





COMEDOR.



Hemos de insistir en cambio sobre el espíritu esencial que hace del conjunto de tan raros elementos de épocas diversas una fascinadora miscelánea. Tal armonía y tal belleza, que corren parejas al acecho de los sentidos, manan del mismo hontanar, fuente de fe inspiradora, amiga vieja y segura del que ha concertado este desplante de arte hispano al suelo americano, que para acreditar el grado educativo de la venerable tradición nuestra ha querido despertar el verbo de los trovadores de su suntuaria en el mismo ambiente en que naciera. Y ya que hablamos de fuente de fe como musa sugeridora de formas, exponremos, dentro de la brevedad de estas líneas, las razones fundamentales de su génesis tomadas en la época más significativa. Fué en el siglo XIII cuando aquella Sicilia, que oyera años antes los clamores apocalípticos de Joaquín de Flora, dejó paso a las doctrinas racionalistas. Los monjes, los cenobitas, recoletos que recibían la luz creadora en el arrobamiento místico de la celda o del claustro, viéronse despojados de su misión de apóstoles del arte; la escuela de Cluny, la de Rávena, la de los Cistercienses y Franciscanos ceden por la fuerza novadora de los humanistas la exégesis estética a los artesanos laicos. Más tarde el mártir de la plaza vieja,

Savonarola, el último asceta del plácido valle de la Umbria, purga el postrer arrebatado de la Florencia Evangelista. La Italia de Dante, emancipada de la jerarquía ortodoxa, por manos de los supuestos herejes, derrumba la enmohecida escolástica, y la razón azuzada por la ciencia se hace dueña de la nueva religión plástica. Allí también en la Francia medioeval ocurre un fenómeno análogo. Los arcos apuntados, las presiones localizadas descargadas por valientes botareles, triunfo portentoso de la técnica constructiva, primaron sobre los porches soñolientos y las bóvedas macizas.

La penumbra, producto de la fábrica homogénea, se transformará en luz policroma generadora de muy distintas preocupaciones, que si bien en sus albores tenderán al vuelo celeste, muy luego entoldarán de cieno a la causa que pretendieran amparar. Sola la España fanática, ciega en su credo, fía a los cenobios la defensa de sus artes en pugna con la influencia filosófica de la ciencia de Averroes. Las ansias místicas encastilladas en las villas castellanas, hacen perdurar por el genio de sus iluminados prebostes, hasta muy llegado el siglo XVII, los ideales del fervor cristiano. La España de los imagineros, la de los entalladores de retablos y frontispicios fué la encargada de velar por los bienes del espíritu en el arte de construir. Su tonsura monacal supo subyugar de continuo todas las importaciones que por los puertos de la sierra pirenaica o por las costas cantábricas o mediterráneas, ya por Navarra o por Asturias, ya por Cataluña o por Valencia vinieron al seno de su reino.



GLORIETA DEL JARDIN
ESTILO ANDALUZ



UN cuando triunfan (momentáneamente) en sus ocre arenas «las Medidas del Romano», ensalzadas por Arfe, ella descubre la ensortijada maraña Plateresca digna precursora del gran loco de la Arquitectura: Churriguera. Hemos sí de reconocer otra fuente de originalidad perenne, por cierto hartó provista de vuelo imaginativo. De ella nos da buena cuenta don Enrique Larreta en las fachadas que atalayan su jardín andaluz. El pórtico del antepecho sintetiza las líneas esenciales del clásico Arrabaa; han desaparecido los recortes acarelados y los atauriques superfluos, quedando de la línea agarena lo esencial: el fuste esbelto, el abaco achaparrado recibiendo en su vuelo, a falso plomo, el peso de la archivolta peraltada. Iguales interpretaciones, y aún más atildadas, descubrimos en un patio abierto, disimulado en la fachada posterior. Todo sonríe en torno de un naranjo, paredes enjalbegadas, arcos escarzanos, teja de corte ancestral de enlomados Roblones, cuadrícula verde celedón en los diminutos balcones, emparrados, zócalos alicatados en vidriados azulejos, un alero descansando sobre ingeniosa ensambladura; donosas añoranzas aportadas por el dominio musulmico que magüer su frescor y sus colores rutilantes no contrastan con el ceño torvo de los varones del Andalus Cristiano. Y es que, a pesar de los fieros antagonismos políticos y religiosos, el comercio entre ambas razas sufrió el ajetreo de varios siglos de vida hermana. Los moros conversos cooperan en las construcciones de los monasterios; en Santo Domingo de Silos esclavos árabes trabajan bajo las órdenes de los monjes burgaleses; en plena reconquista los estucadores del alcázar granadino trazan los alfarjes del Infantado de Guadalajara y los discípulos de



ARRIATE Y FVENTE
DEL JARDIN.

éstos, decoran el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. Terminemos y digamos que junto a la tapia, protegida por comedia albardilla, prospera el romero y el boj delineando veredas geométricas que conducen a una fontana, escalinatas y cercos coronados de tinajas y macetas floridas, cipreses y laureles de deliciosa fronda que envuelve con su exuberancia balsámica el poema arquitectónico de un maestro de las letras erudito alamin. Felicitemos también a nuestro colega el señor Schindler que con técnica segura ha sabido traducir con materiales adecuados imaginación tan peregrina.

Ya no plañirán en vano las campanas de la iglesia aledaña. ¿Cuántas vísperas y mañitines llevarán oídos ese bufete de sacristía o esotro escaño de recio nogal? Un eco profundo de la mística Iberia en su enjundia viril y robusta, responderá de la casa de la calle del Juramento a las metálicas voces y a nadie le sabrá a mal un poco de ventura monjil en esta era de rudo positivismo.





Tenía treinta años, pero aun era poeta. Como vivía en una gran ciudad moderna y populosa, llena de gentes de toda la epidermis planetaria, podía vivir solitario, dichoso y desconocido en el caparazón de una pieza amueblada, un poco más abajo de las nubes, sacando de vez en vez por un agujero cuadrilongo su testa al sol con la devota complacencia de los caracoles campesinos.

Comía poco, mas no por penitencia de pecador sino de misticismo positivo, porque le faltaba voluntad gástrica a pesar de no sobrarle la medida de un posible deseo. Tenía sus virtudes humanas y sus vicios más humanos todavía, vale decir que era un ser perfecto sin necesidad de que quisiera serlo y que por tanto lo dejara de ser.

Su breve experiencia de la vida de relación le permitía conocer lo puro y original de la entraña humana, la gota de agua de la conciencia y la piedra imán del corazón. Creyendo siempre que era él mismo, sentía la exégesis universal en su reciprocidad de individuo reflejo. (La certidumbre magnética de la aguja de una brújula, fija la posición del cuadrante que la demuestra.)

Escribía a la sazón el poeta su séptima oda preliminar y acababa de discernir la primera estrofa cuando supo que alguien desde una ventana fronteriza le espiaba. De todas las cualidades específicas de la psicología humana, la de mayor frecuencia es la espectacularidad. El hombre tiene siempre para los demás algo de escénico y se exhibe improvisada y bruscamente. La mujer, más cauta, se cultiva y ensaya en soledad, primera espectadora de sí misma.

Luis Sunchales fingió no haber advertido la asechanza. Pasóse la diestra, ingrátida, por el alboroto de su melena me-rovingia y a media voz leyó la flamante estrofa. Siguió luego como delirando la génesis rítmica del poema. La atención crecía del otro lado.

Aquella ventana estaba cerrada siempre de día, pero no en la forma usual de clausura, sino herméticamente como todas las ventanas novelescas. Esta circunstancia le deparaba al poeta un inefable síntoma de aislamiento por elevación real, aparte de la otra psíquica por la escala infinita de los alejandrinos. Ahora, al ver poblada una altura equidistante con la de él de las estrellas, sintió la previa inquietud de lo desconocido. Sus abstractas elucubraciones convergieron luego hacia una posibilidad romántica.

Eran unos días apacibles de otoño. Las noches serenas y frescas tenían en aquellos parajes un encanto casi sideral y siempre a la misma hora se abría sigilosamente la ventana. La obscuridad y la distancia no permitían a Sunchales el descubrimiento del rostro correspondiente a la mano que con tanta puntualidad operaba del otro lado de la calle, precisamente al nivel de su corazón; pero aprovechando las preciosas cualidades que en el orden eutrápico hiperbolizan la facultad imaginativa de los poetas, em-plazó en aquel cuadrilátero de

tinieblas, más espesas que las de la noche, una cabeza de extraordinarios encantos, seguida en equivalente armonía, de las demás partes de una arquitectura femenina. No muy seguro, sin embargo, de su precisión interpretativa, trató de contrastarla, siquiera en lo fundamental, para sus secuencias sentimentales, pues una alteración gramatical de género en sus futuros adjetivos podría arrastrarle a desastrosas incongruencias.

Iban ya pasados no pocos días en simples simulacros por los que no llegaba a la definición psicofísica de la enigmática figura que había inquietado su corazón transcendental. Este ya comenzaba a sentirse desabrido cuando Sunchales resolvió dar a su voluntad una entereza heroica, para afrontar definitivamente el misterio.

—¡Buenas noches!

Fué como un desafío. Su voz sonó áspera, escueta, parecida a una amenaza alevosa en la nocturna soledad de un camino.

Le contestó, irónico, el silencio. Mostraba la ventana sus fauces tenebrosas, alto bostezo del altílo. Un vasto paisaje de azoteas extendía su accidentado panorama, escasamente tachonado de pequeñas luces amarillas. Allá remoto, corrióse una como estrella fugaz. Murió otra, improvisada y reciamente. De rato en rato se alzaba como de la más profunda intimidad de un aljibe, el breve mosconeó de un tranvía y en seguida el estridor chirriante de las ruedas en la curva de la esquina.

Sintió Sunchales un acérrimo dolor de soledad. La ventana, con su enigma sombrío, había encendido en el alma del poeta las devotas luces de los ritos mayores. La misteriosa operación nocturna que abría a sus complicadas construcciones imaginativas la infinita perspectiva de un cuarto oscuro, tenía todas las probabilidades magníficas. Allí podía generarse un destino perdurable y grave. Era quizás un símbolo. Acaso un conjuro fatal.

Esta insinuación metafísica le sustrajo a la contemplación objetiva. Cerró la ventana de su cuarto y buscó en el sueño una de esas inspiraciones subconscientes que a veces nos dan el prodigio de una solución inesperada.

Siguieron luego varios días de lluvia pertinaz. Móviles cataratas libaban sobre la ciudad consecutivos aguaceros. Un frío húmedo, como artificial, cristalizaba las noches. A través de los vidrios de su ventana, atisbaba Sunchales en la negra pantalla fronteriza, la película vaga y complaciente; pero fuera que el cambio climático retuviese en guarda preventiva los asiduos acechos o que una óptica inconsecuencia conspirara también entre la irreparable opacidad del ámbito medianero, aquella noche no columbró el poeta, frente al macizo tenebroso, la periodicidad del novelesco mecanismo.

Otros días más, agotaron los odres peregrinos. Una mañana, recobró el sol su insigne dictadura, encharcando de luz todas las cosas. Regocijéronse las horas y pájaros viajeros cruzaron el azul. Eran más de las once cuando Sunchales regresó de las zahurdas fantásticas del sueño, retorciendo los brazos como en uno de aquellos antiguos potros de la vieja justicia. Bostezó bravamente y terminadas estas íntimas complacencias con las que es uso prologar la actividad consciente, sonrió con beata serenidad.

En la actuación vegetativa de un poeta, la fiesta natural de un buen día de sol tiene invencibles sugerencias rurales y si es frugal el oficiante hay muchas probabilidades de que las rutas campesinas le sustraigan de la vida civil, incluso en esa hora difícil cuando plantea sus premisas apremiantes el problema nutricio.

Así fué como Sunchales regresó aquel día a su eminencia ya bien consumada la noche. Eran los momentos visperales de la apertura. Había salido una luna clara que prometía magnífica verbena porque también los astros infinitos fingiendo lavados por la lluvia, brillaban como joyas legítimas en el escaparate de los cielos.

La ventana estaba cerrada, partida en luz y sombra a proyección oblicua de un alero. Era una bella perspectiva la de aquellos arquitectónicos picachos, plafones, cúpulas, cornisas y barandas inundados de luna, recortando fantásticas siluetas con tapices y colgaduras de sombra azul oscuro.

Poco tardaría en revelarse la prodigiosa incógnita. Ya estaba la ventana en plenilunio. El poeta sentía una emoción insigne, como en esos instantes capitales cuando nos jugamos la vida. La perentoria inminencia del momento le había exaltado al máximo la exaltación nerviosa, paralizándole en dolorosa impotencia la actividad mental y el mecanismo volitivo.

Primero fué un breve giro del batiente de la ventana. Luego, tres más, concisos, rápidos, estrictos, como de mano torpe y débil o que no alcanzara su objetivo. Quedó media abierta la ventana y en seguida, suavemente, con un blando desliz, en ese automático despliegue con que se mueven solas las puertas oblicuadas, perfeccionó su cuadrilátero sombrío. La luz de la luna, apoyada en las jambas, miraba curiosamente al interior.

Ocurrió entonces el prodigio. Una sombra negra, viva, elástica, saltó sobre el alféizar. Tendría el tamaño de una cabeza humana y allí quedó un instante, como en magnético equilibrio. A poco sufrió una metamorfosis singular. Aquella masa redonda se alargaba, se erguía, arqueaba una cúspide central y garabateaba el aire con un largo apéndice vermiforme. Dos resplandores verdes flamearon como explosiones diminutas y una voz gutural, desfallecida y quejumbrosa pronunció quién sabe qué magia abracadabra.

Sunchales sonrió. Si no era aquella para él una aventura de amor, de amor era el misterio. De amor y de poesía. Porque, ¿quién le aseguraba que no hubiese transmigrado a aquel enamorado peregrino el alma tráfuga, nonchalante y sibilina de Baudelaire?

JOSÉ MARTÍNEZ JEREZ.

DIBUJOS DE ALONSO.





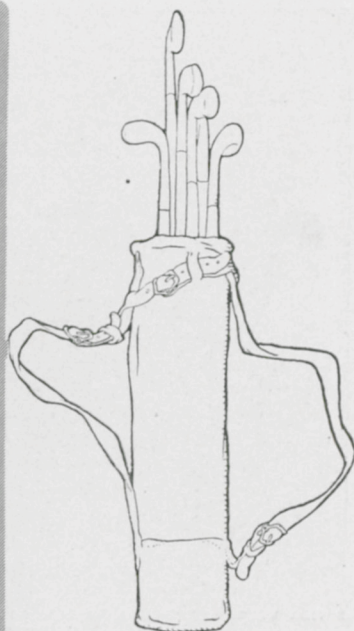
Costumbres nacionales



Una misa
en alta



Mar del Plata Golf Club



VISTA DE CONJUNTO DEL PABELLÓN DE SOCIOS Y DEPARTAMENTO DE VALIJAS EN 1917.



DOCTOR RICARDO E. CRANWELL (H.), PRESIDENTE.

DOCTOR EDUARDO ZUBERBÜHLER, DEL SOLAR DO- VICEPRESIDENTE.

SEÑOR ALBERTO RREGO, CAPITÁN.

SEÑOR EMILIO CA- SAL, SECRETARIO HONORARIO.

SEÑOR CARLOS G. PALMER, TESO- RERO HONORARIO.

Comisión Directiva

SEÑOR JUAN NELSON, VOCAL.

SEÑOR CÉSAR GON- ZÁLEZ GUERRICO, VOCAL.

SEÑOR ALBERTO J. VIVOT, VOCAL.

SEÑOR TOMÁS GREGORY, VOCAL.

SEÑOR ENRIQUE DE ANCHORENA, VOCAL.

Para el público cosmopolita que concurre los veranos a Mar del Plata, es familiar el nombre de este centro sportivo, donde suelen reunirse con frecuencia muchas distinguidas familias del gran mundo porteño y personalidades de las colonias extranjeras.

Situado cerca de la ciudad, en un lugar pintoresco que separa del mar la estrecha franja de los médanos, descúbrese desde su terraza un bello paisaje que armoniza con la azul grandiosidad del Atlántico y la soberbia perspectiva de la costa. El «Mar del Plata Golf Club» está considerado hoy entre los más completos y mejor instalados que se conocen, no sólo por su situación inmejorable, sino también por la capacidad del campo, que tiene los diez y ocho



ESPERANDO TURNO PARA SALIR.

guiente comisión directiva: presidente y capitán, Mr. Frank Henderson; secretario y tesorero, honorario, Mr. John Ballautyne; vocales, los señores William A. Agar, H. Hume, R. Paton y T. Watson.

Disponía así el Club de una cancha de golf, pero no de aquellas comodidades indispensables para pasar el tiempo, faltando hasta el imprescindible pabellón de socios. Este fué donado al siguiente año por el señor José N. Drysdale, siendo edificado junto al putting green del primer hoyo, que señalara el señor Ferguson.

Desde entonces el progreso de la institución se hace cada vez más sensible. El señor Watson, que era un entusiasta del golf, llevó a cabo la primera amplia-



EL PRESIDENTE DEL GOLF Y VICE DEL G. C. ARGENTINO DE PALERMO, DOCTOR CRANWELL, EN UNO DE SUS MEJORES «DRIVERS».

hoyos reglamentarios en la llamada «cancha grande» y nueve en la otra destinada a los que se inician en este juego.

El desarrollo del golf en la bella ciudad marplatense, inicióse por el año de 1890, practicándolo en primer lugar los señores Scroggie, Carlisle, Agar, Ferguson Smith y Walker que jugaban en los terrenos baldíos próximos a la plaza Colón, hasta donde actualmente se levanta el inconcluso hotel St. James. Poco después don Ricardo Agar marcó varios hoyos en las inmediaciones de su casa, sosteniendo el sport hasta el verano de 1897. Por esta época el señor Ferguson, buscando un terreno fiscal que reuniera las condiciones exigidas para instalar una buena cancha de golf, llegó hasta los alrededores del cementerio local, deteniéndose sobre el borde de las barrancas. El señor Ferguson encontró el sitio donde se hallaba muy apropiado para lo que él se proponía; su misma ondulación y desigualdad, fueron un factor muy importante para preferirlo a cualquier otro, ya que sus obstáculos naturales eran constituidos por los distintos pozos de arena que en el tecnicismo del juego que nos ocupa se denominan «bunkers».

Al inspeccionar esa parte del terreno, vióse obligado a trazar los nueve primeros hoyos sobre los médanos, situados al sud de lo que era entonces vaciadero de la Comuna y que resultaba una vecindad desagradable para los jugadores y aficionados. Dispuesto el campo en la forma antedicha, jugóse el primer partido durante los días de Carnaval del mismo año, entre los señores Ferguson y Walker.

En 1900, habiendo sido modificada la cancha por el profesional Juan Dentone, contratado especialmente para ese fin, y aumentado el número de amateurs hasta cuarenta, resolvióse por iniciativa de ocho de ellos dar constitución orgánica a este grupo, reuniéndose el 17 de enero y fundando el «Mar del Plata Golf Club», que empezó a funcionar con la si-



EL SEÑOR TOMÁS GREGORY, SUPERINTENDENTE DE TRÁFICO DEL F. C. S., DESPUÉS DE HABER ENVIADO LA PELOTA A 250 MTS. DE DISTANCIA.



ELVIRA MADERO, GREGORIO TORRES, CORA ESCALADA FRAGUEIRO Y RAÚL MIHANOVICH.



CARLOS MADERO, FEDERICO ELORTONDO, MERCEDES DE ALVEAR Y MARQUESA DE SALAMANCA.

ción de los *links* en el año 1903, teniendo que ordenar la limpieza de la parte norte del terreno y la tarea de sujetar los médanos de arena, cubriéndolos de césped y sosteniendo éste, como todavía se ve, con durmientes de ferrocarril facilitados por la empresa del Sud.

El pabellón general fué trasladado a unos quinientos metros al norte, situándolo en el lugar donde hoy se encuentra. Los nueve hoyos que modificara Juan Dentone fueron, pues, bastante mejorados, aumentándose la extensión de su recorrido y respondiendo de ese modo a las necesidades de los jugadores. Durante el verano de 1906 se trazaron dentro del mismo campo otros nueve hoyos separados por más corta distancia, destinados a entrenamiento de los socios. Desde entonces, el número de aficionados fué en aumento de año en año, llevándose a cabo en



Los gastos de reparación y sostenimiento que ocasiona tan hermoso campo de golf, se elevan a una crecida suma; para dar idea aproximada de ello, basta tener en cuenta que los veintisiete hoyos comprendidos en una superficie de cuarenta hectáreas más o menos, están servidos por cañerías de tres pulgadas que se utilizan para el constante riego que exige su conservación; el agua es suministrada por tres poderosos motores y un molino que mantiene llenos continuamente los diversos tanques, cuya capacidad es en conjunto de ciento cincuenta mil litros. El cuidado de esa extensión de césped exige un capital en máquinas para su corte y un gasto bastante crecido en sueldos de personal y otras atenciones.

Rápidamente, hemos historiado la evolución del «Mar del Plata Golf Club», haciendo reseña de los progresos que han ido elevando esta so-



MANUEL JORGE ACOSTA, TEODOLINA BOSCH ALVEAR, ENRIQUETA DEL SOLAR DORREGO Y LUIS MARÍA RODRÍGUEZ.

SEÑORITA DE PERALTA ALVEAR, MERCEDES DOSE Y LA SEÑORA ACOSTA DE NOEL.



GRUPO DE JUGADORES LLEGANDO AL GOLF.

1915 una nueva ampliación consistente en dar a la «cancha grande», como se llama a la primera, extensión suficiente para hacerla de diez y ocho hoyos en vez de los nueve que anteriormente tenía. Esto se obtuvo prolongando el campo más hacia el mar, y en algunos sitios hasta la misma playa, habiendo sido indispensable colocar tres millones de panes de césped. Tan importante mejora ha hecho de los *links* marplatenses un modelo comparable a los más perfectos y mejor acondicionados.



VISTA PARCIAL DE LOS LINKS EN LA PARTE DEL ENSANCHE ÚLTIMO.

ciudad hasta el grado de esplendor que hoy tiene.

Sólo es de desear, ahora, que sea resuelta favorablemente por la Suprema Corte de la Nación el «affaire» pendiente sobre la propiedad del terreno que ocupan los *links*, llegándose a una solución que no arrebate a Mar del Plata el más necesario, tal vez, de sus atractivos, dentro del ambiente de cultura y sociabilidad, que ha hecho de este magnífico Balneario algo similar a las más célebres playas europeas.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.





SACANDO LA BARCA

ÓLEO DE MONGRELL.

PROPIEDAD DEL SEÑOR JUSTO BOU.



A Tomasito Anchorena,
el hijo de Joaquín.

Tin García Victorica, que entre otras bellas condiciones ostenta la de ser el «petit Larrouse amoureux» de su generación, referíame noches pasadas las incidencias de un pintoresco romance, del que serían protagonistas una encantadora joven de veintidós años y un inexperto adolescente cuya candidez y hermosura evoca los comienzos de aquel ebúrneo Dorian Grey que Oscar Wilde exaltara en rasgos magníficos y eternos.

En el relato de mi amigo, chispeante de la agudeza habitual que pone simultáneamente en sus labios un acento de gracia y un tono de ironía, no faltó un solo detalle de tan peregrina aventura, y si hoy me atrevo a abandonar el anónimo en busca de un probable lector, es para que aquél comprenda porque, entonces, lejos de moverme a risa sus palabras, las oí con la silenciosa amargura con que Jean Valjean escuchara del buen sacerdote la crónica de sus propios delitos.

Además, cuando ya se ha podido decir con Ricardo Gutiérrez en la carta a Lucía «Adiós, mi planta de tu umbral se aleja...», cuando el tiempo ha consumado su obra en la mente y en el corazón y cuando los hijos de nuestros amigos, ocupando en sociedad los puestos de vanguardia, nos dan la evidencia de la perdida juventud, no hay escrúpulo posible para lanzar a los vientos la gran confidencia, aun cuando su simple recuerdo arranque del alma la blasfemia profunda...

Yo tenía entonces 16 años, vale decir, la edad terrible, la edad inocua, la edad desgraciada por excelencia. Bien que pese a las coplas de Manrique, cuyo incondicionalismo por el pasado ha llegado a ser un lugar común del peor gusto, insisto en que no hay en el mundo, en la vida, en el espacio y en el infinito una cosa más desagradable ni una tortura más cruenta que la de tener 16 años.

Las razones, entre muchas otras, son las siguientes:

1. — Hay que ir al colegio forzosa e irremediablemente, salvo los días de difícil y temeraria rabona.
2. — Cuando uno se porta mal es indispensable fingir que se cree, todavía, en la promesa que le hacen los padres de ponerlo en un buque de guerra.
3. — Es forzoso guardar silencio ante todas las visitas de la casa que se consideran en la obligación de afirmar que uno está cada día más grande.
4. — Se es el único indicado para levantarse de la mesa a la hora del almuerzo o de la comida, si alguien llama al teléfono.
5. — Hay que ir a visitar a todos los parientes de ambos sexos «en el día de su santo», sin resistirse a recitar «El nido de condones» en casa de la tía vieja, quien jura por ahí que uno es muy inteligente.
6. — Es preciso ponerles buena cara a los novios o festejantes de las hermanas mayores para que no le pregunten delante de sus padres: ¿qué tal van los estudios? ¿Qué nota te han puesto este mes en geografía?
7. — Es obligatorio firmar el recibo de todos los telegramas que llegan de la estancia y las boletas con los envíos de las tiendas cuyos embalajes, siempre simétricos, nunca le dejan a uno desenvolverse.
8. — Es indispensable enjuagarse la boca varias veces por día para que la hermanita menor, que es una metida, no pueda decir: ¡Oh, mamá, fulanito ha fumado!
9. — Hay que luchar desafortadamente por el peinado y el cuello siempre hostiles y por delineación imposible de los flamantes pantalones largos cuyas rodilleras triunfan a esa edad sobre la plancha, sobre el colchón, sobre la puerta del ropero y sobre todos los procedimientos habidos y por haber.
10. — Es forzoso abstenerse de comer chocolates y espárragos por las dificultades que



comporta la administración de los utensilios correspondientes, y

11. — Hay que librar batallas campales con los hermanos, hermanas, primas, primos y demás deudos, cuando le critican a uno los amigos del colegio por la sencilla razón de llamarse Pelfasfrutini, Pichón o Guerricovich.

En fin, estas y muchísimas otras razones fundamentales, que sería muy largo enumerar, hacen, a mi modo de ver, del muchacho de 16 años el gremio más desgraciado de la creación, a no ser que en los tiempos actuales los que tienen esa edad alcancen la gloriosa posesión de una motocicleta o la dicha de lucir el magnífico uniforme de los «boy-scouts», esa elegante y amenísima institución que, aparte de immortalizar los nombres de don Bosco y de don Francisco Moreno, nos brindan en las fiestas patrias un armonioso e incansable espectáculo de orden, de marcialidad y de disciplina.

Volviendo a mi historia (y suplico a los estilistas me perdonen el gerundio), debo mencionar en honor de la verdad las cuatro circunstancias atenuantes que hicieron de mis 16 años una pena menos angustiosa que la del resto de los mortales de mi tiempo.

- a) Usé constantemente mi monograma en la pretina del cinturón.
- b) Practiqué la cura total de una boquilla de ámbar, robada a un grillo del Jardín Florida.
- c) Fuí aliado de Laucha López, cuando la famosa guerra contra el francés de las calesitas, y
- d) Amé locamente a Aurora, la mujer más hermosa del mundo.

¡Aurora! Yo no soy de esos escritores irreverentes que gustan meterse con el lector, acosándolo a preguntas; pero esta vez ha de permitirme que le interroge: ¿Querrá creer

que aún después de tantos años transcurridos no puedo pronunciar su nombre sin sentir opresión en el pecho y lágrimas en los ojos? ¡Aurora! Sí, ya sé lo que van a decir, que es un nombre cursi, que es un nombre de guaranga, que es un nombre de lancha del Tigre. ¡Oh, desventurados! ¡Cómo se advierte que no conocisteis a esa criatura estupenda a la que no se pudo bautizar sino como al primer celaje que ilumina al mundo, como al sonrosado matiz que arranca al rui-señor sus más armoniosos trinos, como a esa tenue luz de amor y de esperanza que todos los días denuncia en oriente la presencia de Dios!

Aurora, como Blanca de Beaulieu, tenía veintidós años, como don Benito Villanueva vivía en la calle Larga de la Recoleta, y como don Cristóbal Colón era hija de un pobre cardador de lanas. Ninguna de estas tres coincidencias podía impedir, ciertamente, que su rostro fuera virginal, que su pelo fuera más rubio y abundante que el de Aphrodita, que no hubiera incompatibilidad entre sus ojos celestes o su mirar profundo, que sus dientes, sin ser de perlas ni de nácar, fueran sanos, limpios y casi todos iguales, que su cuerpo fuera divino como el de la Diana de Falguiere que poseía entonces el doctor Aristóbulo del Valle, ni que la expresión de su cara fuera la más sublime del universo, tanto así que al lado del esguince de su boca, siempre fresca, la zona y popular sonrisa de la Gioconda resultaba, a mi modo de ver, el gesto de una persona distinguida después de tomar un frasco de Emulsión de Scott.

Sin embargo, las tres circunstancias apuntadas tuvieron una influencia importantísima en el curso de nuestros amores, pues a no mediar los seis años de edad que me llevaba, me habría podido esperar; de no vivir en la calle Larga yo no hubiera tenido que hacerle confidencias al cabo de facción en la esquina de Callao, que luego resultó un traidor y se lo contó todo al pobre cardador de

lanas, y finalmente, si este distinguido ciudadano en vez de poner en sus tarjetas «Giacomo Palestro, colchonero», hubiera dejado entrever la propiedad de alguna estancia en cualquiera de los cuatro puntos cardinales de la provincia de Buenos Aires, mi familia no habría tenido motivos serios para hacerme oposición ni mi padre me hubiese impuesto como penitencia copiar diez veces el primer capítulo de «El ahorro» de Samuel Smiles, un señor antipático e inglés que se complace en aconsejarle a uno cosas más tontas y aburridas que hacer trampas jugando al solitario.

El «coup de foudre» se produjo una tarde en que yo volvía del colegio con el pato Egusquiza. La vi y la amé como debía sucederle razonablemente a quien acababa de leer la dulce «Maria» de Jorge Isaacs. Y porque la amé de una manera romántica y definitiva «pura el alma y celeste el pensamiento» al decir de Miguel Cané, no seguí los consejos de mi camarada, quien me propuso una ofensiva que hubiera horrorizado a Lamartine.

Desde aquel momento Aurora fué la obsesión de mi vida. Por la mañana, por la tarde y por la noche, a toda hora y con cualquier motivo pasaba yo jadeante por el frente de su casa. El buzón de la esquina Rodríguez Peña no me dejará mentir; él fué el testigo de mis cuitas y mis andanzas y aun hoy cuando paso a su lado me parece reconocer en su boca enorme y desdentada la sonrisa socarrona del confidente fiel.

Excuso decir que desde que comenzó este idilio usé guantes color patito, bastón flexible y alfiler de corbata con una herradura de brillantes, hice esfuerzos sobrehumanos para no comerme las uñas que a esa edad son tan sabrosas, gasté toneladas de piedra pómez para los dedos entintados siempre, llevé invariablemente bajo el brazo un texto de Física o de cualquiera otra materia fundamental, no abrí un solo libro de estudios sino para escribir el nombre de Aurora en cada una de sus páginas y aprendí todos los versos de Musset y Sully Prudhom que encontré a mano para recitárselos a quien había concluido por ser el único motivo de mis inquietudes, mis ensueños y mis esperanzas...

La oportunidad llegó una tarde, en las Cinco Esquinas, a la hora del crepúsculo. Aurora, como las diosas más atendidas en las fiestas del Olimpo, venía democráticamente en cabeza y me sonrió al pasar. Hasta ahora no sé como pude acercarme, vacilante y tembloroso, inseguro de mi palabra virgen aun para el supremo idioma. Me acogió amablemente y «amor sonó la lira...» como hubiera dicho Juan Cruz Varela. La entrevista fué larga y cordial y aunque sufrí un pequeño desencanto cuando después de recitarle yo una encendida estrofa de Lord Byron, ella me dijo: «no diguez, joven», afirmo que la pasión de Peleas y Melisandre fué un simple flirt de a bordo al lado de la que aquella noche unió nuestros corazones en un supremo juramento de eternidad...

El destino quiso las cosas de otra manera, pues la felonía del cabo de facción desbarató todos nuestros planes. Don Giacomo nos sorprendió una tarde en que bajo los paraisos de la calle Larga contábase yo a mi adorada por centésima vez la leyenda del delfín y la pastora, poema exquisito que la hacía llorar. Lo que vino después nadie quiera saberlo, tendría que enterarse de muchas cosas íntimas, hasta del fracaso de un suicida disidente que en lugar de pedirle al comisario que no culpára a nadie de su muerte establecía en términos concretos las responsabilidades de su desesperación.

Aurora, que si hubiera tenido un poco de dignidad se habría metido en un convento, hizo precisamente todo lo contrario, pues se casó con un masagista. Comprendo que la rivalidad afortunada de un masagista no es una página brillante en la vida de un hombre de mundo. Pero, como todo lo que yo pudiera decir sobre el matrimonio de mi primer amor se atribuiría a despecho como aquel Sir Roger Casement de la antología británica, prefiero cerrar elegantemente mis labios a la inútil imprecación.

Lo que sí, cuando pienso en los posibles expedientes de mi sucesor para enamorar a Aurora y en su contraste con el lirismo de mis festejos, siento acentuarse en mi espíritu una duda escéptica y un tardío arrepentimiento, que sin que yo los explique, todos comprenderán...

Abril, 1918.

No hay persona que escriba para el público que no haya recibido alguna vez una visita maravillosa. Recuérdese las veces que Abraham, Scherezada y el mismo Salvador; Mahoma, Napoleón y otros personajes, han condescendido a abrir la puerta de un escritorio. El que más o el que menos, todos han llegado a entrever una gran sombra y a vivir los días de un remotísimo pasado.

Yo también he gozado de ese don reservado exclusivamente a los que escriben. Yo vi una vez un dinosaurio, y hallé otra vez a una mujer de 6000 años. El dinosaurio no nos interesa por el momento; pero sí el otro personaje. Conservo aún su retrato, que constituye el encanto de esta historia.

A esa mujer de 6000 años la hallé en el bosque de Misiones. Yo estaba ocupado ese día en localizar una colmena, cuyos individuos danzaban allá arriba por la copa de los árboles. Pero no podía precisar en qué palo estaba la colmena. Para averiguarlo, golpeaba los troncos con el hacha, y arrimaba el oído; cuando se acertó con el árbol, el zumbido es inequívoco.

Hallé al cabo el mío; era un ivapohí, — un higuero salvaje, — y tan hueco que resonaba al golpe como un tubo de órgano, y el hacha vibraba en las manos. Cuando me disponía a trabajar, oí una voz que me decía: — ¡Por favor!... Tenga un poco más de cuidado.

Mudo, miré el árbol de arriba a abajo; la voz salía de dentro, sin la menor duda. Ahora bien; una voz que habla en español, sin el menor acento guaraní, y que sale de adentro de un árbol, es un hecho tan poco común que el que lo contempla recobra de seguido su presencia de ánimo. Es un fenómeno que no nos puede hacer daño, que está fuera de todos los peligros y contingencias humanas; son cosas de otro orden, de conflictos y catástrofes reales, tal vez, pero en los que no tenemos cabida. Nada, pues, que temer. Y si se nos toma un día de espectadores o de algo más, mejor para nosotros; aprovechémoslo.

He aquí porqué dejé el hacha al lado, y golpeé con los nudillos en el ivapohí.

— ¡Hola!
— ¡Por fin!... — respondió la misma voz, ligeramente burlona. — Ya era tiempo...
— ¿Con quién hablo? — insistí.
— Con una señora... Debería bastarle esto.
— Enterado; pero ¿qué señora?
— ¿Quiere saber mi nombre?
— Precisamente; me gustaría saber...
— Usted no me conoce.
— ¡De esto estoy completamente seguro!

— Soy Eva.
Aquí me detuve un momento. Hay cosas fuertes, y acababa de pasar por una de ellas.
— ¡Hola!
— ¡Sí!
— ¿Eva?...
— ¡Sí, señor, sí!... Eva.
— Eva... ¿nuestra abuela?
— La misma, señor cazador de abejas...

Entonces me rasqué la cabeza. La voz que me hablaba era la voz de una persona muy joven, y tenía un timbre extraño, de una profunda frescura; algo dulcemente salvaje e inmaculado, voz de rocío y Paraíso, que ya no es posible hallar más en el mundo. Por lo cual:

— ¡Hola!
— ¡Sí!
— Y esa voz... la voz fresca... ¿es suya?
— Creo que sí...
— ¿Y lo demás?
— ¿Qué?
— El cuerpo...
— ¿Qué tiene?

No era cómodo hablarle de su cuerpo a una dama anterior al diluvio.

— Su cuerpo... ¿fresco también?
— ¡Oh, no!... ¿Cómo quiere usted que me parezca a una de esas señoritas que a usted le gustan tanto?

— ¡Ah, ah! ¿Y cómo sabe?
— Lo sé porque a Adán le pasaba lo mismo... Como a todos ustedes.

— ¡Pero en aquel tiempo no había más mujer que usted!

— ¿Usted qué sabe?

Cierto; yo no sabía ni sé nada al respecto, fuera de lo que me han enseñado cuando chico. Y ella parecía bastante segura de lo que decía. Pero el diablo me seguía tentando.

— ¿Quisiera verla.

— ¿A quién?

— A usted.

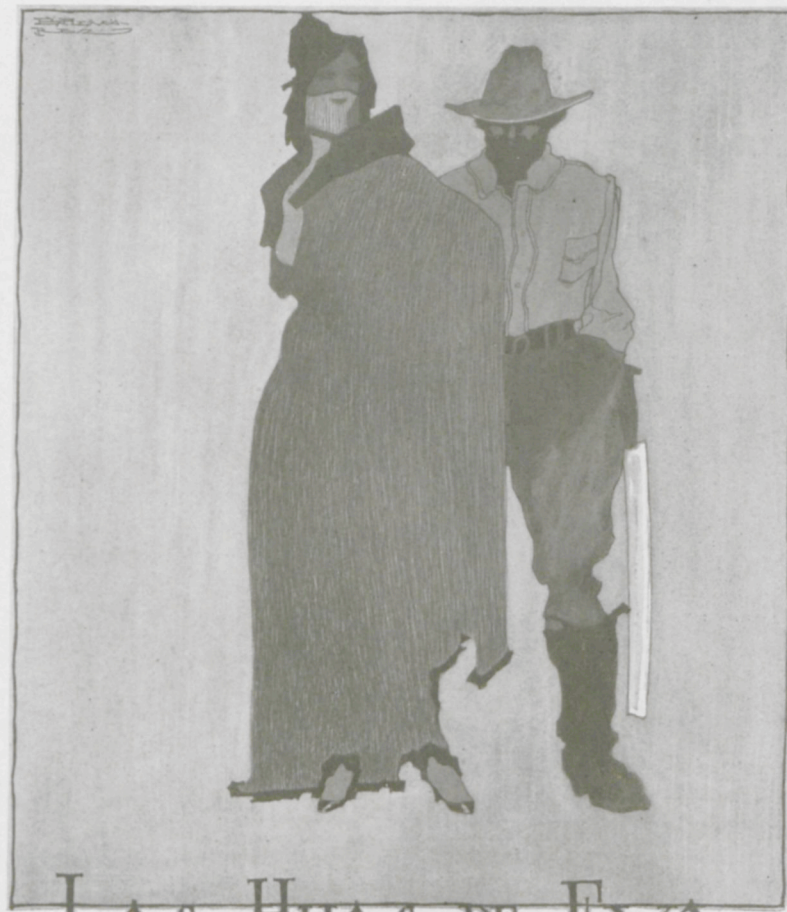
— ¿A mí?

— Sí, a usted. No se presenta dos veces una ocasión así.

— ¡Ah! Curiosidad de sabio... Le voy a causar horror.

— Aunque me lo cause.

— Es que no estoy vestida... ¡No, no se asustel... No voy a aparecer ante sus ojos, y con mis años, en traje... paradisiaco, dicen ustedes. Soy demasiado vieja para que mi cuerpo no haga huir de horror... aún a usted. Pero quiero pedirle una cosa: lléveme donde haya gente, señoras bien vestidas, como se visten ahora... ¡Lléveme! Hace



LAS HIJAS DE EVA

Por Horacio Quiroga

cientos de años que tengo este deseo. Antes nos preocupábamos poco; ahora sé que han llegado al límite de la elegancia...

— ¿Cómo lo sabe?
— Es muy fácil... No faltan nunca serpientes, usted lo sabe bien... Y aquí en su país hay algunas yararás y unas cuantas víboras de cascabel...

— *Crotalus terrificus*... — murmuré.

— Eso es... ¡Esa elegancia de ahora es lo que deseo ver! ¡Es tan nuevo para mí! Pienso, pienso, y no puedo imaginar qué pueden ser esos adornos, esos nuevos elementos de decoración femenina que enloquecen a los individuos como usted...

Por tercera o cuarta vez la ilustre y desagradable vieja la emprendía conmigo, que si no me enloquezo, — como avanzaba ella, — siento sobre todo a la mujer a través del vestido, del mismo modo que gusto de contemplar un cuadro de pleno sol colocado en la sombra, y no expuesto al sol mismo.

Pero admirar, con traje o sin él, a aquella ruina prediluviana, esto no. Por lo cual me hallaba más que dispuesto a recoger el hacha y alejarme silbando.

Cuando fui a hacerlo, me llamó, insistió, rogó y lloró. Accedí al fin con visible disgusto a entrar en negociaciones. Me proponía lo siguiente: Llevarla a Buenos Aires y presentarla a un grupo de damas elegantes. Pasajes, incomodidades y ridículos de todo orden, esto corría por cuenta mía. No pedía más, ni ofrecía nada en cambio — fuera de la satisfacción a mí acordada por el deber cumplido acerca una persona, después de todo de mi misma sangre.

Tal lo hicimos. Entró esa noche bruscamente en casa, envuelta en un negro manto de la cabeza a los pies. Lo poco de cara que podía haberse visto, quedaba oculto por un antifaz. El antifaz asimismo tenía cosido por encima de los ojos un espeso tul. Llevaba también guantes negros. De modo que aquella silueta horriblemente pretérita, angulosa, doblada, cargada de 6000 años, me heló el corazón.

Pues bien; con esa facha, ella, y con inacabable llanto de arrepentido, yo, hicimos el viaje a Buenos Aires, pasamos allí diez días, y la puse en contacto con un cónclave de jóvenes y elegantes damas. Toda esa sesión: Mi presencia presentando mi compañera bajo el aspecto de una ilustre y estrafalaria señora que quería guardar el incógnito; la burlasca estupefacción de las chicas, que charlaban sin perder de vista al fenómeno; los esfuerzos míos para afrontar un ridículo menor que el que merecía; las sonrisas cruzadas de las damas ojeándonos a la

momia y a mí; — todo esto fué mi sudor de agonía aquella velada de salida de teatro.

Creo que la señora Eva vió todo lo que deseaba; las chicas estaban vestidas como ángeles, — pues yo también comenzaba a pensar en forma paradisiaca. Volvimos a Misiones, pasé un momento por casa para cambiar de ropa, y en diez minutos estábamos de nuevo junto al ivapohí.

Durante el regreso no habíamos cambiado sino dos o tres palabras, y ella parecía decidida a no volver a abrir la boca en su vida. Pero como no deseaba yo perder todo rastro de la aventura, le dije:

— Si usted no se opone, me gustaría sacarle un retrato.

— Saque — me contestó sin volver la cabeza.

Fuí a casa, volví con la máquina y saqué el retrato. La saludé con el machete, y me fui a revelar, muy contento de mí mismo.

Pero el mismo monte lleno de barrancos me vió pasar de vuelta media hora después, llevándolo todo por delante. Y es que en la prueba que llevaba en la mano no había ni tapado, ni antifaz con tul en los ojos, ni vieja alguna, sino la muchacha más extraordinariamente fresca y hermosa que haya habido en el mundo desde su creación.

¡La voz, la voz! — me decía a mí mismo. ¿Cómo he podido no comprender que la persona que tenía esa frescura de Edén en la voz, no podía ser sino ella?

Llegué al ivapohí; allí estaba ella, Eva, o como se llamara, recostada al árbol, como el primer día de la creación. Y me miraba con una sonrisita irónica.

Yo la miré también — no sé cuánto tiempo. Al fin, idiota, por hacer algo, le tendí en silencio la prueba.

— No la necesito — me respondió. — Guárdela como recuerdo, puesto que le interese... ahora.

— ¡Siempre! — murmuré, cada vez más idiota.

— Sí, siempre... Pero yo no estoy elegantemente vestida, y me vuelvo. Pero antes le voy a decir algo, para que comprenda ciertas cosas. Ustedes, los hombres, se han cansado de repetir que la coquetería es patrimonio de las hijas de Eva, y que el mundo marcha mal desde que la primera mujer coqueteó con la serpiente... No me mire así. Yo podría agregar algo, pero prefiero no volver sobre una historia vieja... aún para mí. Le diré esto, si: que antes la coquetería — me refiero al adorno de la mujer — era una cosa muy sencilla, porque no teníamos más que la cabellera. Después, mucho después, hubo otras cosas... Pero yo no tenía más que

mis 17 años, y algo pude hacer; usted lo sabe por la Biblia. Pues bien; desde mucho tiempo atrás quería reencarnar en la vida contemporánea, por un tiempo corto; y era indispensable que viera cómo se visten hoy las mujeres. ¿Qué podía hacer yo, con los miserables adornos de la mujer anterior al Diluvio? Por eso me he puesto en comunicación con usted... y por eso he desistido. No volveré más a molestar a un cazador alguno de abejas, ni a las señoritas que gustan al cazador. El mundo de ustedes ha progresado mucho en 6000 años, y hay ahora cosas admirables. Lo que no hay — óigame bien — es progreso en el adorno de la mujer. Ustedes lo creen, porque el adorno cuesta dinero. En mi época, una muchacha estaba bien vestida cuando a más de ser bella, llevaba en los cabellos flores o plumas de garza, cuando tenía en los hombros una piel de pelo suave, cuando adornaba su cuello con perlas y usaba una gran pantalla de plumas. Hoy, señor arrepentido, después de 6000 años de febril progreso, de incalculables esfuerzos de la inteligencia y el arte, de rebuscamientos y refinamientos sutilísimos, hoy las mujeres bien vestidas llevan plumas en la cabeza, pieles de pelo suave en los hombros, se rodean el cuello de perlas, — exactamente como en los tiempos primitivos. ¿Es cierto o no? ¿Son o no los mismos, los elementos de adorno? ¿Dónde está el progreso? ¿Qué ha inventado de nuevo la mujer? ¡Bah, señor! Ustedes creerán lo que quieran de su refinamiento actual; pero salvo uno que otro detalle, la dama más elegante y original de hoy, tiene que recurrir fatalmente a los elementos miserables del oscuro mundo primitivo: las plumas, las pieles, las cositas que brillan. No sólo no se ha conquistado nada, sino que se ha rebajado el valor de tales cosas. El valor de una piel está en la sangre que ha costado obtenerla. El amante primitivo que a costa de su vida conquistó la piel para adornar con ella a su amada, consagró el alto valor de ese adorno. Es bella la piel en los hombros de la muchacha, porque un hombre que la amaba se desangró para conseguirla. Este es su valor — como el de una obra de arte cualquiera, que para ser tal debe dejar exhausto un corazón. Hoy no es la muchacha más amada la que luce la piel, sino aquella cuyo padre tiene más dinero. Y volveré a la tumba del Edén, sin comprender cómo sus amigas de usted, las que conocí y las otras, sienten tanto orgullo de lucir una piel que no la ha conquistado el varón que aman, sino que la han tenido que comprar muy caro al tendero, — y cómo ustedes, los hombres, no se mueren de vergüenza al sentirse orgullosos de que sus novias luzcan un adorno que ustedes mismos serían incapaces de obtener, y por el que otro hombre, joven como ustedes, buen mozo como ustedes, dió todo su brío viril en una cacería salvaje. — No soy yo, como usted ve, la persona destinada a... hacerlo feliz. Siga cazando abejas, y olvide todo el disgusto que puedo haberle ocasionado. Vuélvase un instante...

Todo esto le había hablado ella con su voz de Paraíso — y con su cabellera que la envolvía. Sonreía ahora, indicándome con la mano la media vuelta a dar. Pero yo seguía con la boca abierta sin querer hacer un movimiento, adorándola.

— ¡No se vaya! — gemí. — No voy a cazar más abejas... Voy a cazar tigres, lo que usted quiera. ¡Pero no se vaya!

Ella me miró un poco de costado:

— ¿Usted? ¿Usted, cazar tigres?... Usted es un cazador de historietas — y bastante aburridas, por lo demás... Pero le estoy agradecida, muy agradecida... Y si alguna vez me decidiera a volver por un tiempo a este... ¡Bueno! Dése por muy contento con lo que he dicho... Vuélvase, ahora. ¡En seguida!

Me volví, un segundo nada más. Y ya no estaba. ¡Evaporada, disuelta, diluida, para siempre jamás! Golpé el ivapohí hasta la noche, llamándola por todos los nombres imaginables, y prometiéndole la piel de todos los animales existentes.

Y no me queda más que su retrato. Guardo la placa como un tesoro, pues es la única prueba que tengo de que todo aquello no fué más que una broma pesada de alguna miel de monte. Cuando mirándola a los ojos sin decir una palabra, enseño la copia a un amigo, el amigo no se sorprende jamás de esa extraordinaria belleza.

— Muy lindo, — dice; — pero es una copia.

— ¡Copia de qué! — respondo abrumado.

— De cualquier cuadro... Esas bellezas no existen.

Y así es, en efecto. Hace 6000 años que ha desaparecido. Pero yo he de morir con seguridad; y si a los muertos les es concedido reencarnar un día, tendré sumo cuidado de vigilar un ivapohí que conozco. Entonces estará muy cerca de la señora Eva, cuando diga: Y si alguna vez me decidiera a gustar de algún hombre... etc.

-PLUS ULTRA-



AL PONERSE EL SOL

fotos. de
O. NIKOLA





La gente chic fuma
cigarrillos

Reina Victoria

B I B L I O G R A F I A

MEMORIAS DE UN PORTON DE ESTANCIA, por EDMUNDO WERNICKE.

No conocemos a don Edmundo Wernicke, aunque, naturalmente, nos suena el apellido. Este desconocimiento tal vez sea una ignorancia injustificable; pero sirve de garantía a los elogios que vamos a dedicar al libro «Memorias de un portón de estancia».

Tampoco pudimos nunca ver un portón de estancia en una estancia, sino colocado en la vidriera de este o esótro comercio. También nuestra ignorancia absoluta de la vida y de los usos estancieros dará más valor al elogio.

Porque ni la sugestión de una firma reconocida célebre ni el recuerdo de cosas gratas influirán sobre la pluma para dictarle frases hechas y alabanzas interesadas.

El portón de estancia es una nueva puerta que el progreso puso a la campaña argentina. Sucesor de la legendaria tranquera, el portón se abre hacia adentro para dar paso a los usos extranjeros y hacia el exterior proporcionando mayores y más prácticos empleos a la vida nacional. Nadie presentaría título tan justo y tan claro para referir el entretener de los viejos y de los modernos usos como el portón de estancia.

Edmundo Wernicke ha concedido la palabra a este humilde representante de la cultura en un libro bien y delgadamente cortado en pequeños capítulos, como tientos que se trenzan para formar un lazo con el cual cautiva la atención del lector.

Allí hay una hermosa monotonía de episodios sencillos tomados del natural, que Wernicke relata con estilo fácil, referentes a tres generaciones de una familia hacendada. Es una historia gaucha que se adivina verídica, que interesa y conmueve.

Desde el nacimiento hasta la vejez inservible del portón, suceden en «La Portaña» cosas dignas de ser leídas por extranjeros y argentinos. Tanto el hombre refinado como el peón inculto encontrarán emociones melancólicas y alegres, enseñanza o recuerdos. Leed, como muestra, uno de los capítulos, titulado «La Portaña, cercada»:

«El vasto campo de «La Portaña» quedó cercado por su buen alambrado de cinco hilos negros, postes a seis metros y varillas de alambre torcido. Con asistencia del al-

calde del cuartel y sus tenientes, dióse rodeo general y salieron del campo seiscientos vacunos ajenos, más unos mil yeguarizos, por lo menos, sin contar los animales que hizo depositar la autoridad por ser de marcas desconocidas — aparentemente — o cuyos dueños no se presentaron haciéndose los vivos para implorar más tarde a don Goyo o empeñar de la buena voluntad de don José los admitiera un tiempo más, pues no vino don Goyo como se esperaba, ni tampoco el hijo; pero las órdenes al mayordomo eran terminantes de no tolerar a los animales ajenos en el campo.

«Al cerrar, a la tardecita, la última cuadra del cerco, rióse el vasco alambrador al recoger su herramienta y echar un vistazo de despedida a su obra:

«— Ya, criollo, no vas a andar más [no, no] campeando yegua todos los días; ahora trabajarás vos también un poquito más [sí, sí]»

Ahora, busquen las «Memorias de un portón de estancia».

o o o

POEMAS MODERNOS Y EXÓTICOS, por BARTOLOMÉ GALÍNDEZ.

«Yo pagano y apóstata en el siglo Veinte...» «Yo vivía en tiempos de Mazarino...»

«Yo que nací romántico bajo el sol de Verona...» «Yo que tengo del Inca salvajismo...»

Ninguno de estos versos ni los demás que forman el primer tomo de versos dedicado al Excelentísimo señor Presidente de la República Argentina, doctor Hipólito Irigoyen, justifican la palabra «modernos» del título. El poeta Galíndez es pagano, infiel, abencerraje, árabe, indio... todo menos moderno. En las cuerdas de su lira se enredan mil épocas, a excepción de la actual. Por tal motivo, sus sonoras composiciones necesitan ser leídas y saboreadas con ayuda de un diccionario poligloto.

o o o

EL MUCHACHO ESPAÑOL—EL POEMA DE LA PAMPA, por JOSÉ M. SALAVERRÍA. El índice de este nuevo libro de Salaverría señala el plan que el notable escritor desarrolla: El amor a la Patria. Las virtudes

del ciudadano: La sinceridad; el amor; el deber; la voluntad. Los ejercicios físicos. La moral cívica. La hermosa España. Las empresas de España. Los héroes españoles: Pizarro. Los exploradores españoles. Las victorias modernas. Los soldados españoles. El amor a la independencia. La bandera. Tú eres la esperanza de España.

La prosa de Salaverría no necesita alabanza, ni su acendrado patriotismo. El maestro de las letras al convertirse en pedagogo ha conservado toda su fuerza persuasiva y toda la brillantez de concepción y de estilo. En su otra producción, «El poema de la pampa, Martín Fierro y el criollismo español», Salaverría hace también obra «pro Hispana patria». El poema de José Hernández que en época bien moderna, en el año 1872 contiene todas las particularidades de las obras míticas y de los libros anónimos, populares, es «altamente excepcional y hondamente español» y tiene para España acaso tanto valor como para la Argentina. Debe, pues, ser estudiado por los intelectuales de la península. A este fin propende Salaverría que se queja del «hecho triste, vergonzoso, de la separación intelectual entre España y sus hijas la república de América».

Si la segunda parte del buen libro hubiera sido dedicada a insertar el poema y su glosario, quedaría completo.

o o o

EL AÑO ARTÍSTICO (1917), por JOSÉ FRANCÉS.

Desde 1915, José Francés (Silvio Lago) da a la imprenta, coleccionados en un volumen, los mejores estudios de crítica artística que escribe durante el año. De esa manera, hace un resumen del movimiento anual de las bellas artes en una obra llena de interés para los profesionales y los aficionados.

El tomo correspondiente a 1917, recién llegado a nuestras librerías, contiene hermosos trabajos y numerosas ilustraciones. Como José Francés posee verdadero espíritu crítico y vasta erudición, sus crónicas resultan verdaderas lecciones de técnica y de historia artísticas.

o o o

AUGUSTA.

Hemos recibido el primer número de esta exquisita revista de arte.

Los señores Van Riel y Rojas Silveyra ofrecen a nuestro mundo artístico un reflejo y un estímulo; conseguirán su doble propósito.

Deseamos a tan notable publicación larga y próspera existencia.

o o o

ORO Y PIEDRA (POESÍAS), por EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA.

Este joven poeta es colaborador de PLUS ULTRA. Toda alabanza entonada en su honor desde estas columnas parecería obedecer a móviles de buen compañerismo. Ya es un tácito elogio publicar sus versos en las mejores páginas de una revista que cuidamos celosamente.

Con las precedentes aclaraciones, con nuestros augurios de triunfo y la copia de una poesía de «Oro y piedra», que es una feliz síntesis de filosofía poética, damos por terminado nuestro cometido.

SUGESTIONES

Ni es mío cuanto soy
ni valgo lo que tengo.
Desde regiones misteriosas vengo
y hacia las sombras voy.

Soy lo que siempre fui:
no seré, nunca, más.
Nada es el tiempo que duerme detrás
ni el que vela ante mí.

Sucesivos instantes
forman mi duración
vinculándome a estirpes que aun no son
y a otras que fueron antes.

Gentes desconocidas
van andando conmigo.
Todo lo llevo en mí y ella consigo.

Como yo son venidas
y como yo se irán
sin llegar a saber
por qué designio son sin querer ser
ni a qué vinieron ni por qué se van.



Metropol Bazar

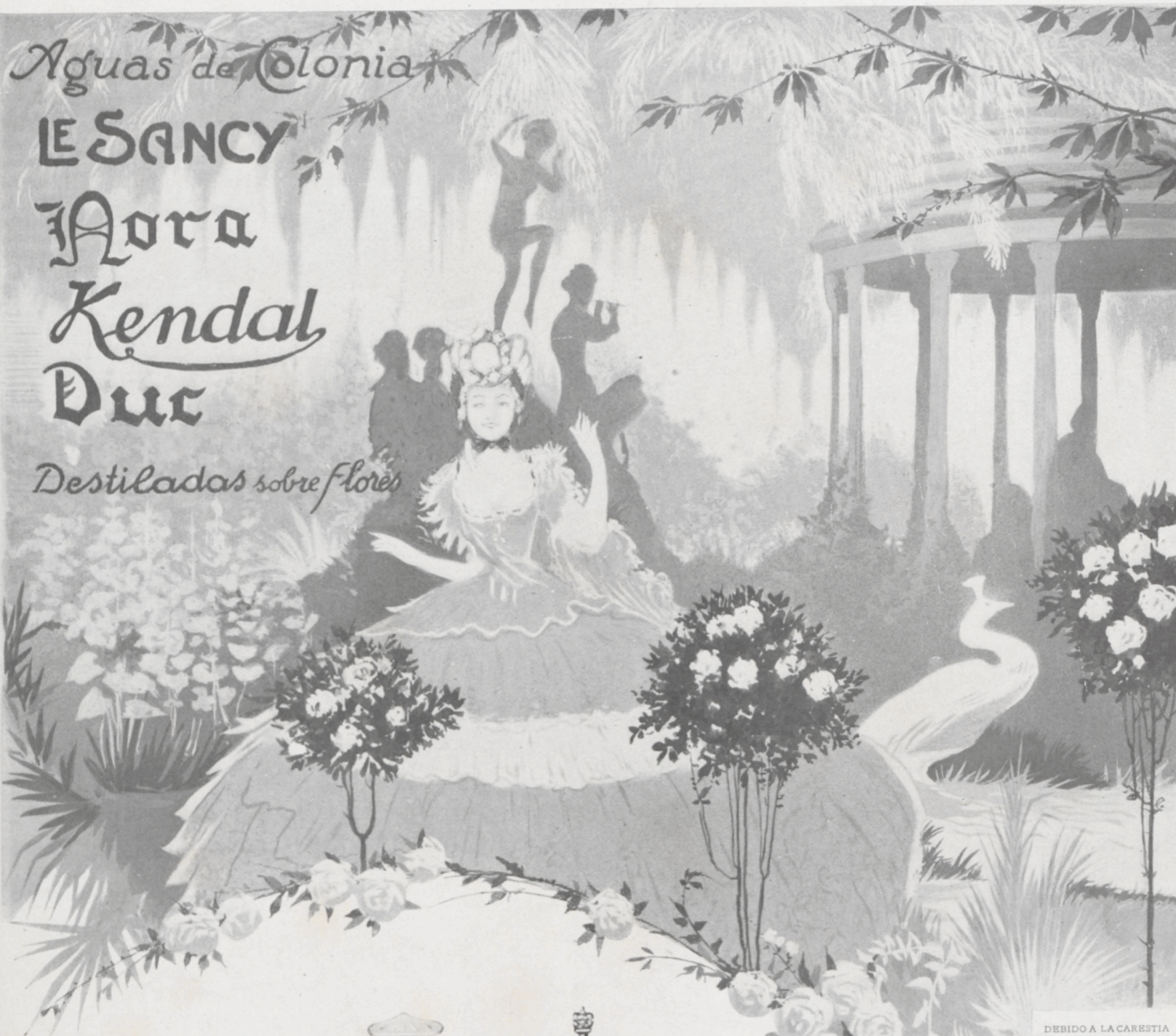
Casa Argentina F. STAROPOLSKI

340, C. Pellegrini
Bs. Aires

COMO SIEMPRE
LA PRIMERA CASA
EN NOVEDADES
DE BUEN GUSTO
EL

METROPOL BAZAR
HA SIDO LA CASA QUE
HA PUESTO DE MODA
LAS FLORES JAPONESAS

NUESTRO SURTIDO SE AUMENTA CONTINUAMENTE CON NUEVAS CREACIONES.



Aguas de Colonia
LE SANCY
Ahora
Kendal
Duc
Destiladas sobre flores

DEBIDO A LA CARESTIA DE LOS EMBALAJES Y AL AUMENTO DE LAS TARIFAS DE TRANSPORTE, ESTOS PRECIOS RIGEN SOLAMENTE PARA LA CAPITAL. PARA EL INTERIOR SE AUMENTAN 0.20 CENTVS. LOS FRASCOS GRANDES TAMAÑO DE UN LITRO Y 0.10 CTS. LOS DEMÁS.



«LESANCY»SIMPLE
 Ideal para el baño.
 Frasco grande, \$ 3.20
 » medio, » 1.95
 » cuarto, » 1.45
 » chico... » 0.45



«DUC»
 Unica por su delicado aroma.
 Frasco grande, \$ 5.50



«NORA»
 Extra fina.
 Frasco grande.. \$ 7.—
 » medio.. » 4.30



Loción «LE SANCY»
 De rica e inconfundible fragancia, pesos..... 2.65



«KENDAL»
 Exquisita y suave.
 Frasco grande, pesos..... 5.50
 Loción..... \$ 3.30



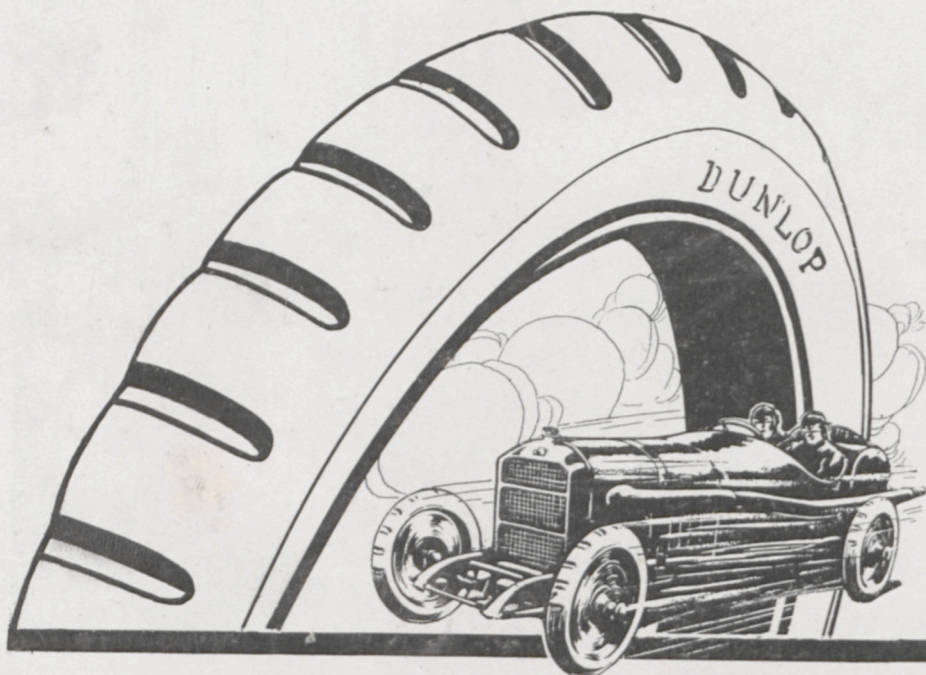
«LE SANCY» AMBREE
 Deliciosa para el tocador.
 Frasco grande.... \$ 5.30
 » medio..... » 3.10
 » cuarto..... » 1.90

PÍDALAS EN
 FARMACIAS Y
 PERFUMERÍAS

BLAS L. DUBARRY
 MEDRANO, 476. — BUENOS AIRES

-PLVS VLTRA-

PNEUMÁTICOS DUNLOP



**CALIDAD EXCEPCIONAL
DURACIÓN MÁXIMA**

NUEVO DOMICILIO:

1299, VIAMONTE, 1299

Unión Telefónica, 6301, Juncal

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de
agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

Se habrá vuelto
hervorosa y refrescante.
Antes del desayuno, es un tónico
que provoca el apetito y la digestión, despeja la
cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos.
Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable,
seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

CASA BISH

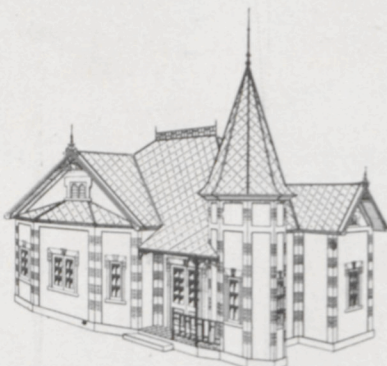
ESMERALDA, 81

Unión Telefónica, Avenida, 1470

BOLSITAS PARA SEÑORAS
CARTERAS PARA CABALLEROS
CARPETAS DE ESCRITORIO
SURTIDOS EN CIGARRERAS
ESPECIALIDAD EN MONOGRAMAS,
DE PLATA Y ORO

SE HACEN TODA CLASE DE ENCARGOS
Y COMPOSTURAS.

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA
MAMPOSTERÍA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"



Este precioso chalet por \$ 6.800 m/n. como réclame, listo para ser habitado; con buen piso, cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura, etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, comedor, galerías, corredor, baño y cocina.

Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construidos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro sistema "CHACON".

Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATALOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON HNOS.
ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REFÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n
Semestre (6 ").....	\$ 6.— "
Año (12 ").....	\$ 11.— "
Número suelto.....	\$ 1.— "

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	\$ 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.



GABINETE DE LACA CON PEDESTAL DE ROBLE Y ORO VIEJO,
elevado exponente del valer del Departamento de Antigüedades.

FLORIDA 833

Thompson
Muebles Ltda.

Buenos Aires





Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
	9.0	3.2